



Instituto Médico “Sucre”

VOL. 22 BOLIVIA - SUCRE, MARZO DE 1926. N° 44



La digitalización de este número de la revista es el producto de la investigación doctoral llevada a cabo por el candidato a doctor, Javier Andrés Claros Chavarría, con financiamiento otorgado por la Dirección General de Investigación de la Universidad Andrés Bello de Chile. Durante este proceso, colaboraron dos instituciones: el Instituto Médico “Sucre”, propietario de las revistas, y la Fundación Flavio Machicado Viscarra, responsable de la digitalización.

Año XXII | Sucre, Marzo de 1926. | N°. 44.

REVISTA

—DEL—

INSTITUTO MÉDICO SUCRE

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECCION:

"Instituto Médico Sucre". Bolivia.—Sucre, Calle San Alberto No. 8.

SUMARIO

	PÁG.
I.—Memoria anual del Presidente del «Instituto Médico Sucre», Dr. José M. Araujo	1
II.—« <i>La Cruz Roja</i> ».—Conferencia del Dr. Ezequiel L. Osorio.....	19
III.—« <i>Higiene y Profilaxis mental</i> ».—Conferencia del Dr. Gregorio Mendizábal.....	39
IV.—Las deficiencias de la Medicina actual.—Dr. E. L. Osorio.....	52
V.—« <i>Extracto sobre la obra de Sucre</i> ».—Conferencia del Dr. Jaime Mendoza.....	58
VI.—Crónica.....	74

SUCRE—BOLIVIA

Escuela Tip. Salesiana.—Calle Olañeta N°.10

Comité de redacción

DOCTORES:

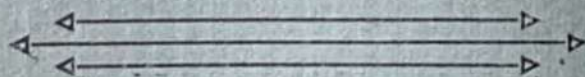
EZEQUIEL L. OSORIO,

JAIME MENDOZA,

ANICETO SOLARES,

ARMANDO SOLARES ARROYO,

CLAUDIO ROSO.



REVISTA

—DEL—

Instituto Médico Sucre

Año XXII. | Sucre, Marzo de 1926. | N°. 44.

MEMORIA

DEL

Doctor José María Araujo

Presidente del "Instituto Médico Sucre", leída en la sesión pública del 3 de febrero de 1926.

SEÑORES SOCIOS:

SEÑORAS:

CABALLEROS:

Ha terminado uno de los años de mayor labor para el Instituto y para esta Presidencia. En efecto, el año que ha terminado, fué de vivas conmociones, tanto por las vicisitudes políticas que agitaron nuestra vida institucional, como por los muy importantes acontecimientos que, con motivo de la celebración del Primer Centenario de la declaración de nuestra independencia, debían producirse y se produjeron, por desgracia, en desmedro de los legítimos derechos y prestigios de la legendaria Charcas, que, por en medio de las injusticias, supo levantarse altiva en resguardo de sus preciados méritos.

Tuvimos entre nuestras manos serias responsabilidades, y por lo mismo, se impuso una actuación serena y que mantuviera el renombre y prestigios de la alta asociación que nos cupo representar.

De manera que la actual memoria no sólo se reduce a cumplir la prescripción reglamentaria, sino, y sobre todo, a dar a conocer nuestra labor en las difíciles circunstancias por las que hemos atravesado, y a demostrar que el Instituto sabe cumplir siempre y dignamente el programa elevado que desde su fundación tiene trazado este centro netamente científico, cuya única mira—dada su índole médica—es el progreso constante en bien de los semejantes y por ende de los más sanos principios humanitarios.

Como en el anterior informe os dí cuenta detallada de las diversas secciones en que está dividida nuestra tarea científica, me limito a haceros saber que las secciones Radiológica y Electroterápica han dado un paso adelante, mediante la adquisición del material de Rayos X de nuestro consocio Dr. Gregorio Mendizábal. En la Biblioteca esperamos la llegada de un buen contingente de obras modernas que vamos adquiriendo en los centros europeos, con fondos que teníamos disponibles, y que completarán con las más modernas producciones, nuestra ya importante librería médica. Las reparticiones de Sueroterapia y Serología se han enriquecido últimamente con la adquisición de un magnífico microscopio, conseguido mediante nuestro consocio el doctor Claudio Calderón Mendoza, debiendo añadir que en breve recibiremos material escogido encargado a las más importantes casas de Europa.

La Sección de Meteorología ha sufrido una modificación, con motivo de haberse enajenado la torre metálica en la que estaba instalada, y que actualmente decora el Parque Centenario, donde, embellece el paseo más elegante de la ciudad. Mas, como este hecho tiene importancia, en forma muy somera voy a explicar los motivos de esta enajenación, hecha a título de venta: La torre no era apropiada al fin para el que se la destinó, pues continua experiencia nos ha demostrado, que por su estrechez en la parte del observatorio no permitía la cómoda colocación del instrumental y no daba acción para circular en las observaciones; también perturbaba la exactitud matemática de los registros meteorológicos; el material mismo de que estaba construída y su influencia en algunos aparatos; aun más, el movimiento de la persona que hacía las observaciones comunicaba imprescindiblemente una oscilación a todo el recinto, perjudicando naturalmente la pureza de los registradores; por otra parte, el viento que sacudía la parte su-

perior de la torre era un nuevo elemento de perturbación para los cálculos, y para que nuestra Oficina pudiera proporcionar datos exactos que no comprometieran el crédito científico de nuestra institución. Por estas razones, obvias, la Sociedad resolvió deshacerse de la torre y cederla en beneficio de la estética local.

Bastante conocéis nuestra importante Sección de Museos; ellos continúan bajo acertada dirección, prestando utilísimos servicios a los elementos docentes y estudiantiles.

VACUNA ANTIVARIOLOSA

Esta Sección, seguramente la más prestigiosa del Instituto, ha sufrido serios contratiempos en el año pasado, y es verdaderamente deplorable que no obstante sus legítimos méritos, ganados en la más noble de las palestras cual es la de salvar millares de existencias, haya tenido momentos de desgracia que tendían a destruirla, no obstante—repetimos—su crédito bien asentado y adquirido de mucho tiempo atrás por la excelencia de su flúido. Caben aquí reflexiones un tanto dolorosas y voy a anotarlas:—Con motivo de la recordación de efemérides notables o celebración de trascendentales acontecimientos, en los torneos del saber y el esfuerzo humanos que se organizan, se premia a los artistas manuales, a los cultores de la belleza plástica, a los poetas, a los músicos, a los industriales y en fin a los fabricantes de máquinas, que, en noble concurrencia de perfeccionamiento, disputan la supremacía respecto de productos y obras similares; las medallas y diplomas se distribuyen con profusión; todo eso muy bien; pero, el flúido vacuno que no es obra de relumbrón estético ni mucho menos un artículo de industria, y sí, un alto exponente del esfuerzo científico de los médicos de Chuquisaca, que ha evitado casi en absoluto la mortalidad infantil, no sólo de este departamento, donde los casos que se presentan por la viruela son muy raros, sino de todo el país, desde cuyas remotas fronteras es solicitado, en vista de su bondad preservativa y de su eficacia; en vez de la hoja de laurel que consagre su valor, se le castiga, se le trata de aniquilar quitándole la subvención, indispensable para su mantenimiento, sin tener en cuenta, que no fué una creación oficial, sino

la obra triunfadora de un grupo de amantes de la ciencia, entre los que se destaca la venerable silueta del viejo maestro Dr. Nicolás Ortiz, y que en vista de su importancia mereció el respeto de parlamentos y gobiernos que le dieron su apoyo en la ley financiera, llegando por fin a dar un gran paso de previsión higiénica, estableciendo mediante ley y reglamento especiales la *vacuna obligatoria*. Habíamos colocado a la altura de los pueblos cultos y a falta de mejores y más numerosos triunfos médicos, podíamos mostrar nuestra elaboración de fluido vacuno, en ocasiones pedido y usado en países vecinos con resultado y éxito satisfactorios, y ante este hecho halagador, brota la frase de amarga protesta: un mandatario obcecado y con estrechez de miras inconcebible en un estadista, suspendió por bajas pasiones de mórbido despecho la base económica para seguir manteniendo la sección de vacuna; paradoja realmente inexplicable, en el momento mismo en que se trataba de celebrar la primera centuria de nuestra vida autónoma. Un gobernante torpe y arbitrario, en cuyas manos por desgracia se encontraban los destinos de la Patria, trataba de destruir de una manera brutal una de las mejores fuentes anti-epidémicas, nada más que por dar paso a dislocadas lucubraciones de su cerebro enfermizo, bajo el fútil pretexto de ahorros presupuestarios, como si la Sección de Vacuna consumiera cifras considerables que hicieran zozobrar la renta pública. El golpe fué tan rudo que, sin discrepancia de criterio político, todos los elementos hasta de mediana cultura, censuraron uniformemente esa medida que venía directamente en desmedro del país.

Sin embargo, el Instituto se mantuvo firme en el cumplimiento del deber, y venciendo cualquier dificultad, resolvió continuar elaborando vacuna con los recursos que se pudieran adquirir. En el informe técnico del Director Dr. Aramando Solares Arroyo, encontraréis los detalles de carácter económico que él contiene, y de la resolución serena y bien meditada que se adoptó para solucionar en buena forma la cuestión planteada en tan difíciles circunstancias.

La intención de ese gobernante fué seguramente desprestigiar a la más respetable corporación científica del país, pero no consiguió sino el escarnio de su propia maldad; pues, el Instituto, se mantuvo erguido por sobre la mezquindad que, impotente para destruirlo en su renombre, re-

curría al vil medio de cancelar la subvención a la más necesaria de sus secciones.

La tempestad pasó, y con la fe del que lleva un grandioso destino, el Instituto sigue su camino, trazado al fundarse.

Justo es recordar que en esos momentos no faltaron caballeros que—comprendiendo el daño que se hacía al país—interpusieron sus influencias para remediar tamaño desperfecto. El fantasma de la viruela arrastrando en su carro innumerables víctimas, mostrábase en visión macabra por todos los ámbitos de la República, invadiendo en todas las clases sociales e infestando los cuarteles en los que se alojaba el ejército, soportal de esos mismos mandones; y ante la necesidad tuyo que rendirse la protervia, y como se necesitaba la vacuna, se devolvió lentamente la decantada subvención, que ni siquiera es pagada puntualmente, requiriéndose para su remisión, oficios, telegramas insinuatorios y hasta la intervención de las autoridades locales, como lo comprueba la noble actuación del ex-Prefecto, General Federico Román.

Debemos una palabra de agradecimiento a numerosas personas que, con alto sentimiento de humanitarismo, remitieron fondos, voluntariamente, a efecto de que se continuara elaborando el fluido vacuno. Casas industriales nos ofrecieron también su apoyo. Para todas ellas nuestro reconocimiento, y muy particularmente a la Casa Guggenheim, y al H. Balcázar, cuya ardua labor en pro de los intereses del Instituto ha sido efectiva. No indicamos los nombres de todos los que nos han ayudado, por recomendación expresa de ellos mismos.

Bien, señores, no obstante ese período crítico, la vacuna no ha dejado de distribuirse con toda normalidad, y si nos vimos obligados a anotar que las remisiones próximas ya no serían gratuitas por haberse suspendido la subvención mediante el inconsulto Decreto de 7 de agosto de 1925, expedido por el Gobierno Saavedra, no llegó en ningún momento a cobrarse un solo centavo, no obstante la dificultad financiera en que nos colocó el nunca bien malhadado Decreto.

Se tiene conocimiento que se trató de obtener fluido extraído de las llamas del altiplano, y que en este sentido influenciaba el ex-Presidente; no conocemos los resultados, y nos reservamos el comentario.

De todos modos, la Sección de Vacuna sufrió una ligera conmoción, pero vigorizada con la hostilidad que se le hacía, triunfó, y hoy continúa sin vacilaciones su abnegada labor.

Y sea esta la oportunidad para tributar en público un voto de aplauso al Jefe de esta meritísima Sección, Dr. Armando Solares Arroyo y a sus empleados subalternos, por la entereza y abnegación con que supieron mantenerse en la hora de la prueba.

He aquí el informe de la Sección de Vacuna, al que va adjunto el detalle de la cantidad de fluido vacuno elaborado y remitido en el año 1925:

«*Instituto Médico Sucre.—Sección de Vacuna Antivariolosa.*»
—Sucre, 30 de enero de 1926.—Al señor Presidente del Instituto Médico Sucre.—Presente.—Señor.—Adjunto me permito enviarle el cuadro de las remisiones de vacuna antivariolosa, hechas por la oficina que funciona a mi cargo; por él verá que ha habido disminución alguna en la cantidad remitida; esto obedece a la falta de pago de subvención y hasta suspensión absoluta que de dicha subvención se hizo por el Gobierno pasado. Empero, todos los compromisos han sido llenados con toda normalidad.—Con este motivo me suscribo su atento y S. S.—(Firmado.)—Dr. Armando Solares Arroyo, Jefe de la Sección de Vacuna Antivariolosa.»

El cuadro adjunto es el siguiente:

RESUMEN DE LA CANTIDAD DE FLUIDO ELABORADO EN LA SECCIÓN DE VACUNA DEL «INSTITUTO MÉDICO SUCRE» EN EL AÑO 1925.

Chquisaca.....	454	amp.	gtdes	para	11,350	vacunaciones
La Paz.....	771	«	«	«	19,275	«
Cochabamba....	372	«	«	«	9,300	«
Oruro.....	382	«	«	«	9,550	«
Potosí.....	278	«	«	«	6,950	«
Tarija.....	213	«	«	«	5,325	«
Beni.....	115	«	«	«	2,875	«
Santa Cruz.....	125	«	«	«	3,125	«
Buenos Aires...	20	«	«	«	500	«
Perú.....	6	«	«	«	150	«

Total..... 2,736 amp. grandes 68,500 vacunaciones.

Además se ha provisto a la Asistencia Pública, cantidad de flúido suficiente para 2,050 vacunaciones.

Sucre, 30 de enero de 1926.

Dr. A. Solares Arroyo.

Jefe de la Sección de Vacuna.

Señores: La vacuna fué obra de mnestros más respetables y preclaros maestros; tenemos la obligación sagrada de mantenerla y si posible fuera, mejorarla.

A raíz del Supremo Decreto de 7 de agosto de 1925, el señor Prefecto Rodríguez envió al Instituto el siguiente oficio:

«Prefectura y Comandancia General del Departamento.—Sucre, 13 de agosto de 1925.—Al señor Director del Instituto Médico «Sucre.»—Nº. 1,308.—Presente.—Señor.—Habiendo quedado clausurado por disposición suprema el Instituto Médico «Sucre», debiendo únicamente subsistir en su funcionamiento su Sección de Vacuna, sírvase usted entregar al señor Secretario de la Prefectura todo el local e instrumental pertenecientes al mencionado Instituto, bajo de prolijo inventario.—Con este motivo, me suscribo de usted como su atento y seguro servidor.—(Firmado.)—José Rodríguez Argandoña.»

La respuesta que se dió al señor Prefecto fué la siguiente:

«Instituto Médico Sucre.—Sucre, 14 de agosto de 1925.—Al señor Prefecto y Comandante General del Departamento.—Presente.—Señor.—Acuso recibo de su oficio Nº. 1,308 del día de ayer, en el que me manifiesta Ud. que por disposición suprema ha sido clausurado el «Instituto Médico Sucre», debiendo en consecuencia, entregar al Secretario de la Prefectura el local e instrumental pertenecientes al Instituto.—Seguramente el señor Prefecto ha sufrido un grave error. Desde luego, el Instituto no conoce ni oficial ni extrofuicialmente ninguna disposición de esta clase; lo único que sabe casualmente, por publicación hecha en un órgano de prensa local, es que el Supremo Gobierno ha dictado un decreto que literalmente dice lo siguiente:—Bautista Saavedra, Presidente Constitucional de la República.—Considerando: Que los servicios prestados por el Instituto Médico Sucre, no correspon-

den a las exigencias de la sanidad pública en forma prevista por el Presupuesto Nacional;—Vistos en Consejo de Ministros; Decreta:—La subvención en el Item 426 del Presupuesto Nacional vigente, se pasará a la Oficina de Dirección de Vacuna Nacional, cuyo personal se proveerá, debiendo, en consecuencia aparecer dicho item 426 con la siguiente leyenda: Subvención a la Dirección de Vacuna Nacional, Bs. 15,000.—Es dado en el Palacio de Gobierno de la Capital Sucre, a los 7 días del mes de agosto de 1925 años. El señor Ministro de Gobierno queda encargado de la ejecución y cumplimiento del presente decreto.—(Firmado.)—B. Saavedra.—E. Díez de Medina.—C. Paz.—Héctor Suárez.—José Paravicini.—P. Gutiérrez.—Como verá el señor Prefecto, por la transcripción anterior, lo único que se ha hecho es quitar la subvención que reconocía el Presupuesto Nacional al Instituto, en su Sección de Vacuna Antivariolosa, por el servicio gratuito que prestaba a toda la nación. Esta misma resolución no la conoce la agrupación que presido, de manera oficial, y seguramente el señor Ministro de Gobierno que es el encargado de la ejecución de ese decreto, lo comunicará oficialmente al Instituto. Mientras tanto el convenio celebrado por el señor Prefecto del Departamento, en representación del Supremo Gobierno, y el Presidente del Instituto en septiembre de 1921, y que fué aprobado por el Ministerio de Gobierno, queda en pie.—Debo advertir al señor Prefecto que el «Instituto Médico Sucre» es una sociedad privada de carácter científico y de propiedad particular, que tiene sus Estatutos aprobados por Resolución Suprema de 15 de noviembre de 1899 y como tal reconocido por los Poderes del Estado, con personería jurídica en su calidad de sociedad completamente particular, de donde su material científico y las distintas secciones en que el Instituto se encuentra dividido, son de propiedad absolutamente privada y particular. En consecuencia, el «Instituto Médico Sucre», nada tiene que entregar, puesto que todo lo que posee es exclusivamente suyo y adquirido mediante el esfuerzo personal de sus socios.—Todavía haré una aclaración más. Frecuentemente se confunden dos entidades absolutamente distintas, tales son: El «Instituto Médico Sucre» y la Facultad de Medicina, y que, como tengo manifestado, son del todo distintas; el Instituto es una sociedad privada, de carácter científico y particular; la Facultad de Medicina es un establecimiento oficial de instrucción que nada tiene que ver con el Instituto; la lamentable confusión que

siempre ha sabido hacerse de estas dos agrupaciones, pensando que ambas son la misma cosa, ha sido también motivo de errores que oportunamente fueron corregidos. — Para mayor conocimiento de su autoridad y a fin de que se encuentre bien orientado sobre el particular, me permito incluirle un ejemplar de los Estatutos del «Instituto Médico Sucre.» — Con este particular me suscribo como su atento seguro servidor. — (Firmado.) — José M. Araujo, Presidente. (Firmado.) — Claudio Roso, Secretario. »

PRIMER CONGRERO MÉDICO BOLIVIANO

El «Instituto Médico Sucre» necesita hacer conocer al público su actuación en el asunto del Congreso Médico, cuya organización se le encomendó, habiendo renunciado a efectuarla, fundado en razones poderosas que se hicieron conocer oportunamente al Ministerio de Instrucción, Carlos Paz, en oficios de 4 y 11 de junio de 1925.

El 27 de marzo del pasado año comunicó de La Paz el socio del Instituto, Dr. Aniceto Solares, haber tenido una conversación con el Ministro Paz, en la que le sugirió la idea de asignar una suma a efecto de que se organice un congreso médico, en celebración del centenario de la República; o, en su defecto, por ser *escaso el tiempo disponible* para esta clase de torneos científicos, para que se convoque a un *concurso de trabajos científicos*, consistiendo los premios en la publicación de dichos trabajos.

Ante el criterio tal vez poco previsor del Ministro Paz, germinó la idea de efectuar un congreso Pedagógico en La Paz, y otro Médico en Sucre; ambos en homenaje a la celebración de nuestra organización democrática, y sin tener en cuenta el medio en que debía efectuarse la resolución de estos graves problemas, tanto el **pedagógico**, como el que debía tratar de cuestiones serias en **medicina**; quería el Ministro buscar soluciones inmediatas a problemas de enorme magnitud y vastas proyecciones, con el solo hecho de encomendar su realización a instituciones científicas.

El 9 de abril telegrafió el doctor Solares, avisando que el día anterior se expidió un decreto supremo de convocatoria a Sucre para un Congreso Médico Nacional.

El mismo día de la publicación del decreto, el Minis-

tro de Instrucción mandó un telegrama al Rectorado y otro al Instituto, haciéndoles saber que se había convocado a un Congreso Médico en la Capital de la República.

El Decreto Supremo es el siguiente:

«Bautista Saavedra, Presidente Constitucional de la República.—Considerando:—Que en el centenario de nuestra organización política, necesita Bolivia demostrar los avances de su vida intelectual, dando a conocer sus instituciones culturales y siendo un deber del Supremo Gobierno favorecer esos movimientos de cultura nacional.—DECRETA:—Artículo 1º.—Se convoca para el mes de agosto próximo a dos congresos científicos: a un Congreso Médico en la Capital de la República al que pueden concurrir todos los profesionales que quieran hacerse presentes con trabajos escritos u orales sobre Medicina y Cirugía; y a un Congreso Pedagógico en la ciudad de La Paz, que estará constituido por tres a cinco delegados por distrito universitario de la República, para tratar asuntos referentes a la instrucción pública de Bolivia.—Artículo 2º.—Los trabajos aprobados en los Congresos Médico y Pedagógico, respectivamente, será publicados por cuenta del Ministerio de Instrucción, con fondos del presupuesto pro-centenario de la República.—Artículo 3º.—El Ministro de Instrucción señalará los puntos que deben tratarse en cada uno de estos congresos, así como la duración de ellos.—Artículo 4º.—El Ministro de Instrucción Pública y Agricultura queda encargado del cumplimiento y ejecución del presente decreto.—Dado en el Palacio de Gobierno de la ciudad de La Paz, a los ocho días del mes de abril de 1925.—(Firmado) B. Saavedra.—Carlos Paz, Ministro de Instrucción Pública y Agricultura.—Es conforme: (firmado) José Quiroga T., Oficial Mayor del Ministerio de Instrucción y Agricultura».

Sugerida la idea de un congreso o un concurso por un miembro del Instituto al Ministro Paz, éste expidió el decreto de convocatoria para el congreso médico, invitando a nuestra sociedad para su organización, y al mismo tiempo invitando al Ministro a los médicos de todos los distritos de la República. Tal fué el comienzo de su labor y la sucesión de los actos para el advenimiento del tan bullado Congreso.

Para ser los organizadores de esta clase de torneos, cuya trascendencia es grande y para llevarlos a feliz térmi-

no, se requiere tiempo y dinero, y no pudiendo esta clase de asuntos ser tratados mediante oficios con el Gobierno, sino por medio de un personero, se precipitó el viaje del socio Dr. Pareja, logrando una combinación de transporte y a fin de ganar tiempo para efectuar los preparativos más elementales en esta clase de asuntos. El Instituto — es necesario hacer constar este hecho — recibió el decreto con beneplácito y la tarea que le fué encomendada por el Ministerio, con entusiasmo, como así se le manifestó al señor Paz, en los primeros oficios que se cambiaron con este miembro del régimen pasado. Y aun más, el entusiasmo era tan grande, que el Instituto comenzó a salvar los obstáculos que en un país de cultura incipiente se presentan, para llevar a feliz término la tarea que se le encomendó. El Ministro creyó haber hecho todo al lanzar su decreto de convocatoria. Olvidó que la base fundamental para cualquier labor que se quiera emprender era el dinero, para recriminar después — sin fundamento consciente — a una institución científica bien constituida. Al lanzar ese decreto, el señor Paz debía haber comenzado su labor efectiva con envío de fondos; esto era lo elemental para emprender el trabajo inicial del Congreso Médico.

Se propuso, pues, enviar un delegado para tratar directamente con el Ministro, por haberse ausentado a Oruro el doctor Solares. El Ministro, en su telegrama de 15 de abril y en su oficio de 16 del mismo mes, aprobó esta proposición, solicitando la llegada del delegado lo más pronto posible.

El Delegado, Dr. Pareja, marchó a La Paz con las instrucciones necesarias, para acordar las bases económicas de dicho congreso, y más aún, las formas protocolares más generales. Varios miembros del Instituto habíamos estado en algunos congresos médicos, fuera del país, y no nos era extraño nada de este primer paso para emprender con brillo una labor ardua. Por tanto, se meditó con rapidez sobre todo lo que debía hacerse.

Bien, llegó con presteza el Dr. Pareja al Ministerio de Instrucción y no le fué posible orillar las cosas, porque quería el buen Ministro que, con reducidos fondos, se llevara a efecto **un primer congreso médico boliviano**, que, con la etiqueta de *resolución de problemas sanitarios de gran trascendencia en el país*, quería conmemorar nuestro centenario. ¡Qué lejos se estaba de conmemorar tan mag-

na fecha con dictar un decreto sugerido por un miembro de nuestra sociedad y sin la colaboración económica suficiente y oportuna para la misma conmemoración!

El Dr. Pareja volvió a Sucre, dando cuenta al Instituto de su misión la que no fué, desgraciadamente, feliz. El Ministro ofreció reducidos fondos, pero aun así podíamos haber salvado el compromiso que tuvimos; mas, los tales fondos no llegaban nunca. En consecuencia, el Congreso, para el señor Ministro, fué una fantasía mientras para el Instituto era una realidad. Es fácil tener estas fantasías, como la del Ministro Paz, pero difícil hacer conocer al país la verdad de los hechos.

Con fecha 23 de abril llegó al Rectorado una nota en que el Ministro declaraba que quedaba encomendada al «Instituto Médico Sucre» la organización del Congreso Médico; que, según las necesidades, se indicaría la suma fija de que se debía disponer; que se enviarían circulares a todos los cuerpos médicos de la República, convocando a los profesionales; que se harían gestiones para obtener el pase libre o la reducción de precio para los delegados al Congreso; en fin, que se otorgarían premios consistentes en medallas, fuera de la publicación de los mejores trabajos.

El 25 de abril dirigió el Ministro de Instrucción un oficio al Instituto, comunicando haberse acordado con el delegado Dr. Pareja, las bases de organización del Congreso y agradeciendo por haber aceptado encargarse de ella. Adjuntó la circular dirigida a los alcaldes, en fecha 23 de abril, dando a conocer las bases y plan acordados.

El Instituto recibió con grande y vivo entusiasmo la misión que se le encargaba. Resolvió que el comité organizador quedase constituido por su mesa directiva, y que de inmediato se hiciesen circular las invitaciones, las cédulas de adhesión, se redactasen las bases y se enviasen los extractos de dichas bases; además que se editasen todas las piezas de fórmula, indispensable para una asamblea científica. Pero se tropezó con el inconveniente de que no había fondos disponibles, porque el señor Ministro no había girado la suma de *mil bolivianos* a que se comprometió *para gastos preliminares*. El 7 de mayo se reclamó por oficio; se volvió a reclamar el 14. Se hicieron otras reclamaciones urgentes por telégrafo. El 20 se recibió el ofrecimiento de remitir dicha cantidad; pero no se la remitió.

Era necesaria la reparación del local en el que debía

funcionar el congreso; adquirir algunos muebles; decorar—siquiera ligeramenre—los lugares donde debían tratarse los asuntos médicos, según las secciones en que se dividiera el Congreso; en fin, hacer presentable el teatro donde debían actuar los más eminentes médicos de Bolivia; y esta presidencia se puso de acuerdo con el Rector Vaca Guzmán, y solamente se solicitó la pequeña suma de *dos mil quinientos bolivianos* para este objeto; suma muy reducida por supuesto.

El 29 de mayo el Ministro anunció que tales fondos iban a ser enviados, pero no lo fueron hasta el 8 de junio. Dichos fondos—de acuerdo con nuestra solicitud,—eran para reparación y arreglos del local y no para los gastos más urgentes y preliminares de convocatoria, suma que corresponde a los mil bolivianos que el Ministro convino mandar y que así se lo manifestó también a nuestro Delegado. Los 2.500 Bs. tuvimos la debilidad de recogerlos del Tesoro Departamental a reiterados avisos del señor Prefecto y del Tesorero, suma que fué devuelta al Rectorado el 19 de junio por orden del Ministro Paz, habiendo recabado un recibo del entonces Secretario, Aparicio Loza.

Llegó, mientras tanto, el mes de junio, sin haberse hecho nada, ni los preliminares invitatorios, *por falta de fondos destinados a este objeto*. La Municipalidad de Potosí y la Prefectura de Santa Cruz preguntaron telegráficamente si los gastos de viaje y permanencia de los delegados correrían por cuenta del Comité Organizador. Se contestó que hasta la fecha no se disponía de ningún recurso.

Viendo, pues, la imposibilidad de que tuviese fruto una asamblea científica sin bases, no obstante el entusiasmo del Instituto, éste se dirigió al Ministerio, el 4 de junio, pidiéndole la *postergación* del Congreso para el 3 de febrero del presente año, aniversario glorioso del Gran Mariscal de Ayacucho. La respuesta fué negativa. Entonces se hizo una exposición clara y circunstanciada de las dificultades que paralizaban la marcha en la organización del Congreso, en oficio de 11 de junio, cuyo tenor es el siguiente:

«*Instituto Médico Sucre*.—Sucre, 11 de junio de 1925.—Al señor Ministro de Estado en el Despacho de Instrucción Pública.—La Paz.—Señor Ministro.—La Sociedad que presido ha recibido un telegrama del Ministerio de su digno cargo, que en forma inapelable determina la realización del Congre-

so Médico para el 5 de agosto del presente año, organizado de acuerdo con el criterio y la voluntad del Supremo Gobierno y a invitación suya. Las razones que adujimos para conseguir la postergación de dicha asamblea científica en vista de la seriedad necesaria a este género de torneos intelectuales, de la repercusión de las doctrinas que en él fueran debatidas, y del provecho efectivo que el país esperaría justamente de un acto de gran trascendencia, que demanda esfuerzo intelectual, labor tesonera, tiempo y dinero, no han hallado eco en el ánimo del señor Ministro ni logrado modificar su resolución inquebrantable, habiendo colocado al Instituto fuera del plan de organización que se le encomendó.—Sería, pues, una verdadera redundancia de nuestra parte, y se encontraría fuera de lugar, el hacer consideraciones como la de que la fecha de la reunión de un Congreso Científico Internacional de Lima, últimamente efectuado, no alcanzó a reunirse para el día indicado. Nos limitaremos simplemente a deplorar que la necesidad de solemnizar las fiestas centenarias y buscar una inmediata solución al problema sanitario nacional, haya precipitado los trámites de suyo lentos de la preparación de una obra de enorme magnitud y vastas proyecciones, restándole tal vez algo de su brillo y lucidez por la falta de las invitaciones unipersonales de regla, de la escasez de tiempo para preparar trabajos de algún valor y de la no circulación de cédulas de adhesión ni de las bases de su funcionamiento. De todos modos, el «Instituto Médico Sucre» formula votos por que no se vean defraudadas las esperanzas que se tienen cifradas en la reunión del Primer Congreso Médico Boliviano y por que no sean lesionados ni el prestigio del Gobierno ni el crédito de los connotados profesionales que concurren a esta asamblea.—El Instituto, a quien se entregó la tarea de la organización del Congreso Médico por el señor Ministro, no descuidó un solo momento el cumplimiento de esta honrosa comisión. Convocó a un *meeting* a los facultativos de la Capital; preparó todos los documentos preliminares y de uso tradicional en esta clase de concursos; nombró de su seno un Comité Ejecutivo y se ocupó en la disposición que se debía dar al funcionamiento de las distintas secciones. Solicitó a ese Ministerio los recursos económicos ofrecidos y necesarios para el logro de los fines que se le encomendaron: no mereció respuesta alguna. Transcurrió un mes. Siempre el silencio. Entonces, viendo la imposibilidad de dar ci-

ma a un edificio sin cimientos, es que el Instituto manifestó a S. S. la conveniencia de aplazar o postergar la convocatoria al Congreso Médico para febrero del año entrante, sin dejar de hacer por eso, desde luego, todos los preparativos conducentes al mejor éxito de aquél. Recién con fecha 8 del actual, el Secretario del Rectorado nos comunica que han llegado 2,500 Bs. para la refacción del edificio de la escuela de Medicina y la adquisición de muebles y útiles destinados al meritudo Congreso, fondos que no pueden ser empleados en otra cosa.—Por consiguiente, hasta el día de hoy no se cuenta con dinero alguno para los preparativos indispensables; ni un solo centavo para el gasto de edición de los papeles y documentos preliminares, que debieron haber circulado con la anticipación del caso y sin los cuales un Congreso no puede funcionar. Todo esto a pesar de reclamaciones urgentes por notas y telegramas. Faltan 50 días para la fecha de instalación del Primer Congreso Nacional y, aunque se recibieran los recursos tantas veces solicitados hoy mismo, ya no habría tiempo material para la edición y circulación de dichos papeles preliminares en todo el territorio de la República y la recepción de las adhesiones; menos aún para la preparación concienzuda de los trabajos que deberían presentarse a la Secretaría General del Comité Organizador siquiera 20 días antes de la apertura de la Asamblea; porque dichos trabajos deben ser clasificados previamente para destinarlos a la sección que les corresponda, con lectura por lo menos de la síntesis o resúmenes que les acompañan. Un Congreso científico, en los cinco o seis días de su funcionamiento, no va a proponer recién los temas de debate; ellos, que son estudios de gran aliento, son recibidos por las distintas secciones, ya preparados, ya realizados de antemano.—Todos estos detalles en que me veo en la precisión de entrar, para poner en claro la actuación que ha tenido el Instituto, asociación seria y de reconocido prestigio en Bolivia, hacen ver la corrección con que ha procedido en el desempeño de la misión que se le confiara, y muestran hasta la evidencia que, al aceptar la invitación del Supremo Gobierno para constituir el Comité Organizador del Primer Congreso Científico Nacional, lo hizo en la seguridad de que tal congreso revestiría el carácter de un acto científico verdadero, de una asamblea capaz de resolver problemas médicos de la importancia de los que se propone en la convocatoria. Tratándose de una festividad oficial y social, bajo la exclusiva dirección del Ministro, los trabajos preliminares del Instituto no tie-

nen ningún valor y resulta inútil su publicación y circulación, por lo que retiramos las solicitudes anteriores relativas al envío de fondos para gastos de organización.—Con mis sentimientos de alta y distinguida consideración, tengo a honra saludar al señor Ministro y suscribirme su atento servidor.—(Firmado.)—José M. Araujo, Presidente.»

Estas eran las razones por las que el Instituto se vió obligado a declinar la organización del Congreso Médico, al que pensó darle todo el brillo necesario haciendo por su parte lo indispensable para conseguir el mayor éxito de este torneo científico, cuya importancia es trascendental.

El Ministerio persistió en negar la postergación y declaró terminantemente que el Congreso se realizaría precisamente el 5 de agosto de 1925 *porque ya estaba organizado por el Gobierno*. A lo que no cupo más que el reconocimiento de su autoridad, expresando que si el Congreso era solamente una festividad social, bajo la exclusiva dirección del Ministerio, no podía ni debía inmiscuirse el Instituto en ella, ni en su organización. En esta forma se ofició al Ministro.

El Ministerio manifestó, por telégrafo, que dejaba constancia de estos hechos, y que había girado 2,500 Bs. para muebles y útiles; y preguntó al mismo tiempo, si contaba con el apoyo moral y cívico del Instituto. La Sociedad que hasta ese día no había recibido un solo centavo ni para la edición de los papeles preliminares—contestó que, si bien no estaba en condiciones de desempeñar el papel de Comité Ejecutivo, se hallaba dispuesto siempre a prestar el apoyo que se le pedía.

CONFERENCIAS QUINCENALES

El Instituto acordó que los socios dictaran conferencias públicas quincenales sobre temas médicos, médico-sociales y de vulgarización científica. Inauguró la serie, el 2 de marzo de 1925, el Dr. Ezequiel L. Osorio, con su *causerie* «La lucha contra la mortalidad infantil.—La protección social a la madre y al niño de pecho».—Continuaron dictando, el que habla, sobre «Alcoholismo y Anticoholismo»;—el Dr. Jaime Mendoza leyó una disertación sobre «La epilepsia y sus proyecciones sociales»; igualmente leyeron sus

disertaciones, los doctores Claudio Roso sobre «La vacuna y la viruela», y Manuel Gerardo Pareja, leyó su conferencia titulada «Estudio social del cáncer». La conferencia del Dr. Pareja y la del Dr. Aniceto Solares que con el tema de «Estudio microscópico del ojo en el vivo», ha inaugurado la serie del presente año, tuvieron lugar en el Salón del Instituto, y las demás, gracias a la benevolencia del señor René Calvo Arana, en el Teatro Ninón.

RECEPCIÓN AL Dr. RUBÉN FERNÁNDEZ BARBIERI

En los últimos días del mes de agosto de 1925, llegó a esta ciudad la Embajada Argentina, constituida con motivo de la celebración del Centenario de la República, y entre su distinguido personal, llegó el Dr. Rubén Fernández Barbieri, médico argentino. Los miembros del Instituto estaban en la ineludible obligación de congratular a un colega que venía en carácter oficial, en una comitiva de importancia, y que hacía una visita de trascendencia a esta capital, estrechando los vínculos de la Argentina y Bolivia.

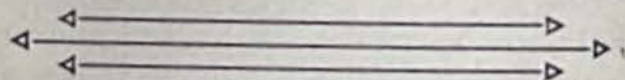
El Dr. Fernández Barbieri, fué recibido, con el debido homenaje a su galante visita el día 31 de agosto.

Señores: - Al terminar mi memoria del pasado año, en esta misma fecha, me cupo apuntar, que ya se aproximaba la más grande fiesta de la patria, el 6 de agosto, que recordaría la primera centuria de nuestra vida independiente, y que esta fecha de grandiosa culminación debía ser jubilosamente celebrada por todos los bolivianos y particularmente por los hijos de esta culta Capital, que habiendo merecido ser la cuna de la independencia americana, fué también el ara santa donde se juró nuestra autonomía, merced al esfuerzo, a la energía y al talento de los ínclitos doctores de Chuquisaca, que al fundar Bolivia soñaron con crear una Patria, en que jamás fueran violados el derecho, la libertad y la justicia; pero por amarga ironía, a esta ciudad perínclita se le negaron sus derechos, se privó de libertad a muchos de sus hijos y se la hizo víctima de nefanda injus-

ticia, y las solemnidades preparadas hubieron de trocarse en silenciosas y dolorosas meditaciones acerca de la suerte de tan desgraciada tierra a la que en el mejor de sus días sé la cubría de oprobio: por esto el Instituto que, después de la Sociedad Geográfica, es el núcleo científico más antiguo, en vista de los acontecimientos que se sucedían, no pudo ofrecer ni siquiera un modesto festival, para ofrendar a los manes de la Patria el tributo de su admiración; tan legítimo anhelo no pudo cumplirse.

Reconfortados los ánimos y en espera de días mejores para la Patria que empiece a gozar de garantías; armados de fe y de energía, nos proponemos en el presente año desarrollar un programa tal vez superior a nuestras fuerzas, pero vamos a él pletóricos de entusiasmo y voluntad firme.

3 Febrero de 1926.



LA CRUZ ROJA

Conferencia dada por su autor en el Teatro
3 de Febrero, el día 22 de febrero
de 1926.

Señoras, caballeros:

Apenas apagadas las luces de las fiestas carnavalescas, apenas extinguidos los ecos de las músicas alegres, parece un contrasentido dar una conferencia sobre un tema serio, cual es el que voy a tratar: la Cruz Roja. Y, sin embargo, la vida es la sucesión de los contrastes: a la dicha y al placer suceden la pena y el dolor, a la felicidad sigue la tristeza; a la agitación la calma.

Así, hace cerca de medio siglo, cuando resonaban las carcajadas de la alegría con motivo del carnaval del año 1879, fuimos sorprendidos por la funesta noticia de la ocupación militar por el ejército chileno del territorio de Antofagasta. Y, a la ventura de esos días de regocijo, sucedió la trágica guerra fratricida que enlutó la patria y nos privó del Litoral, guerra que nos encerró en este círculo de montañas que nos ahoga, que nos asfixia, y que, si hay justicia en la tierra, tiene que abrirse algún día para dejarnos libres y soberanos, como lo quisieron los fundadores de esta patria de las alturas, de esta patria de las cimas, que moral y materialmente es la cúspide granítica de ese inmen-

so bloque andino—columna vertebral de la América—que está llamada a sostener la estructura institucional y física del conjunto de estos pueblos.

Cuando la guerra del Pacífico, Bolivia, roída por el hambre, la peste y la miseria, tuvo que afrontar las amarguras de su adverso sino, y las afrontó con entereza, con valor, con energía, con heroísmo; y si no, díganlo las serranías de San Francisco, las llanuras de Calama, las costas de Pisagua, los campos de Tacna, en los que los huesos de nuestros padres blanquearon el suelo de nuestra patria y el suelo peruano, y su sangre enrojeció el polvo y la arena de las campiñas y de los desiertos, para mostrar al mundo que Bolivia como Numancia prefiere reducirse a nada antes que faltar al juramento sagrado: morir antes que esclavos vivir.

Entonces lo improvisamos todo para la defensa nacional, y si el éxito no fué el compañero de la justicia, la gloria aureolò con sus deslumbrantes resplandores el ara excelsa del sacrificio en holocausto de la soberanía nacional.

Hoy como ayer, estamos desprovistos de organización sanitaria y de servicios de aprovisionamiento para los defensores de la integridad territorial, de la independencia efectiva de la patria, de los soldados de Bolivia. Que la experiencia de los pasados luctuosos días nos sirva al fin para no quedar inactivos, para no caer otra vez más en la ya larga serie de imprevisiones que han ido desmembrando lenta pero seguidamente el patrimonio legado por los fundadores de la República a nosotros, sus hijos y sus herederos.

Un ejército no es solamente una aglomeración de regimientos, ni una colección de armas. Para que los unos puedan obrar y las otras ser utilizadas, falta el elemento primo; falta la organización de aprovisionamiento de víveres, de medios de movilización y de servicios bien establecidos de sanidad militar. Y todo esto, ¿existe en Bolivia?

No, señores. Desgraciadamente los jefes militares extranjeros contratados para dirigir nuestro ejército han querido nada más que hacer labor de política estrecha y mezquina, labor personalista y antipatriótica, sin preocuparse para nada con los elementos necesarios para la alimentación y la curación del soldado en campaña. Quienquiera que haya visitado nuestros arsenales de guerra, quienquiera que haya asistido al laborioso y difícil proceso de la mo

vilización de nuestro ejército en las maniobras, podrá atestiguar, si no esta cegado por pasiones inconfesables, que carecemos de los más elementales servicios de la guerra moderna. No hay camiones para transportes, faltan automóviles de ambulancia; no existe la hospitalización móvil de vanguardia; las tiendas de campaña para la Cruz Roja, si las hay, son inservibles. Hay absoluta deficiencia de material de esterilización y quirúrgico, de material de primeros auxilios, etc., etc. Seguramente se piensa que no es preciso un *stock* de estas cosas y que se las adquirirá cuando el enemigo se encuentre al frente. . . . Pero, ¿es lógico, es siquiera racional semejante sistema de incuria?

Muchos pensarán que estas cosas no se deben decir; que hay que ocultar nuestra real situación al extranjero. Pienso lo contrario. Estoy seguro que, si seguimos callados, las cosas irán de mal en peor, y que tarde y sin remedio tendremos que lamentar y llorar como mujeres lo que no supimos defender como hombres. Y pienso así porque la autoridad militar contratada para reorganizar nuestro ejército, si es extranjera como hasta hoy, jamás querrá dejarlo en condiciones de marchar por sí solo, porque entonces sus servicios ya se harían innecesarios y a ella le conviene que ellos sean reclamados perpetuamente.

En Bolivia hemos creído que el colmo del progreso militar se obtiene cuidando de los más minuciosos detalles del paso de ganso, también llamado paso de parada; de los tiempos en que se ha de dar una vuelta completa o una media vuelta, o de la manera más o menos uniforme con que se ha de llevar el fusil al hombro o se ha de bajarlo al suelo—cosas todas perfectamente inútiles para la defensa de la patria y para el bienestar del soldado; hasta hemos llegado a hacer marchar a las señoritas y niñas de los establecimientos de instrucción bajo severas sanciones escolares; y en cambio, no hemos llegado a organizar ni medianamente la Institución Boliviana de la Cruz Roja. Así, pues; desgraciado del herido que cae en el frente de batalla! No habrá salvación para él.

Y no es que el valor falte a nuestros soldados; al contrario, les sobra. Baste recordar cómo los obreros de Chuquisaca lucharon como leones en los campos de Paria por defender los fueros de la capital de la República, sembrando de cadáveres esos yermos del altiplano para contener el avance de las tropas usurpadoras de los derechos de este

pueblo. Pero el valor es un fenómeno psicofisiológico de reacción nerviosa y no se le puede pedir más de lo que puede dar; pues si el combatiente se enardece en el fragor del combate hasta lanzarse como una fiera sobre el enemigo, sin importarle nada su vida; cuando queda abandonado, sin asistencia ni curación, horas y días, su moral se deprime y de un héroe se transforma en un mísero harapo humano, incapaz del menor acto volitivo o consciente. Un herido, tirado en el campo de batalla, sin servicios de asistencia organizados por la Cruz Roja, es el pasto seguro de las aves carnívoras, que le devorarán como a vil carroña arrojada en el camino.

Urge que el elemento civil de la nación se preocupe seria y definitivamente con la organización de la Cruz Roja, no únicamente para responder a las necesidades de la guerra, sino también para atender a las exigencias de la paz.

Si se trata de la guerra, debemos pensar que la patria no es un mero símbolo, sino una realidad viviente; que el patriotismo no es una virtud, sino un deber; más todavía, un instinto, como el instinto del amor maternal, como el instinto de propia conservación y de defensa propia.

Si se trata de la paz, obremos siempre considerando a todos los humanos como hermanos, procurando borrar las divergencias de nacionalidad, de raza, de religión, de doctrina, para elevar muy por encima de todas las mezquindades de la vida, el estandarte de la fraternidad y de la libertad, junto al de la tolerancia. Socorramos al caído, al desviado, al que há menester de protección y ayuda, sin importarnos nada el averiguar si piensa como nosotros; bástenos saber que es nuestro semejante.

Poco a poco la civilización ha ido borrando los rastros de la barbarie humana. Desde la ley del Talión—ojo por ojo y diente por diente—que era la norma guerrera de los pueblos primitivos, hasta la exclamación del gran argentino: «La victoria no da derechos», hay un buen camino recorrido. Hoy la victoria de las armas no es el triunfo sobre el derecho; hoy la mentalidad superior abre profunda brecha en las trincheras de la fuerza; hoy está la razón por encima de ésta como ideal y como acción.

Al brillar en la historia humana la aurora del huma-

nitismo en la guerra, empalideció la auréola de deslumbrantes fulgores que, en la noche de los tiempos idos, circundó las cabezas de esos grandes guerreros que se llamaron Alejandro, César y Napoleón. La blanca belleza de la bondad puesta al servicio del infortunio brilló más que el rojo resplandor de los formidables incendios de la guerra. Y, andando el tiempo, los prestigios de un estratega como Moltke se empequeñecieron ante la grandeza de un sabio filántropo como Pasteur.

Hagamos un poco de historia. La primera vez que se acordó en el mundo el canje y el respeto de los prisioneros fué en 1689, cuando Luís XIV luchaba contra la Liga de Augsburgo. En 1743, con motivo de la guerra de sucesión en Austria, se firmó igual convención. En la guerra de los siete años, un convenio aseguraba igualmente la inmunidad del personal destinado a cuidar heridos. En 1800 se hizo el primer tratado de neutralización de heridos y médicos. Durante la guerra de Crimea se practicaron también estas mismas reglas. Pero faltaba un acuerdo internacional definitivo y permanente, que tuviese carácter impositivo y cuya violación pudiera ser acusada. Este acuerdo se suscribió, por fin, en Ginebra, por veintidós estados soberanos, el 22 de agosto de 1864.

Esta fecha, *albo notanda lapillum*, que debería ser grabada con piedra blanca, al decir de los latinos, es una de las de más pura gloria para la humanidad.

La Convención de Ginebra de 1864, clásica e involuible, aseguró la neutralidad sanitaria de los ejércitos; reconoció la existencia de sociedades de socorro civiles en ayuda de la sanidad militar; declaró asimismo neutrales los hospitales y las ambulancias y el personal de estas últimas, y a los habitantes del país que cuidasen heridos. Los heridos se consideraron también como neutrales, dependiendo su suerte ulterior de su aptitud o inutilidad para el servicio. Se adoptó la insignia de la Cruz Roja como signo distintivo para proteger a todos los servicios creados por la Convención.

La exposición universal de París de 1867, sirvió para organizar algunas conferencias con el objeto de vencer varias dificultades en la apreciación y aplicación de los principios y reglas dictados en 1864 y que, durante la campaña de Bohemia, Prusia había practicado mientras Austria se había negado a hacerlo. Las conclusiones fueron sometidas

a otra conferencia diplomática especial que se reunió el 20 de octubre de 1868 en Ginebra, merced a los buenos oficios de Italia y Suiza. El resultado fué que se redactaron y aprobaron cinco artículos precisando las estipulaciones de 1864, y otros diez haciendo extensivos los mismos derechos a la armada. El más saliente de estos artículos es el que prescribe la constitución de ambulancias para todas las organizaciones sanitarias del campo de batalla y la neutralidad completa de los heridos, sean susceptibles o no de entrar en servicio, los cuales deben ser siempre restituidos a sus patrias.

La doctrina, principios y reglas humanitarias de la Convención ginebrina se pusieron después a prueba con la guerra francoprusiana del 70, en la que, con pocas excepciones, fueron observados. Nosotros mismos, en la guerra con Chile, obramos de acuerdo con las normas de dicha convención, y es justo reconocer que el enemigo tampoco las violó.

Más todavía. En nuestra guerra civil del 99, no se transgredieron las bases de esos principios humanitarios.

Había, no obstante, muchas irregularidades y deficiencias que corregir.

Los heridos, esmeradamente curados en las ambulancias y hospitales, libres bajo su palabra, podían transformarse en otros tantos adversarios. Era indispensable fijar cláusulas para garantizar el fiel cumplimiento del derecho de gentes con los prisioneros, para que fuesen tan respetados en su infortunio como los heridos.

La amplitud de acción concedida a los habitantes del país que cuidasen a los heridos era facilitar los abusos.

La neutralización de los hospitales civiles era otra necesidad, pues, por una parte, estos establecimientos reciben a los heridos evacuados de la zona de beligerancia, y por otra, es indiscutible que los enfermos, sean jóvenes, viejos o niños, son acreedores a las consideraciones del mayor respeto, si la humanidad quiere merecer el dictado de civilizada.

Un médico, un practicante una enfermera, que caen bajo el plomo enemigo, en el momento de atender a sus heridos, han cumplido con su deber y no se puede censurar al enemigo, por haberlos muerto, si los distintivos de la humanitaria institución no fueron visibles. Las balas no pueden desgraciadamente ser desviadas por el brazal de la

Convención; pero, después de la refriega, cuando ya se halla dueño del campo el vencedor, y la calma ha sucedido al fragor del combate, es justo, es imprescindible que no se asesine a los que cuidan a los heridos a la cabecera de sus lechos. Hacerlo, sería el crimen más execrable de lesa civilización, la monstruosidad más imperdonable.

Teniendo en cuenta éstas y otras consideraciones similares, la Convención de 29 de julio de 1899, firmada en La Haya, emitió el voto de que se procediera cuánto antes a una revisión de las cláusulas de 1868.

Transcurrieron siete años. El 10 de julio de 1909, después de maduras deliberaciones que duraron un mes, se suscribió una nueva convención.

Esta, cuyo texto íntegro sería muy cansado de leer, trata en su capítulo primero de los heridos y enfermos, refiriéndose a la forma en que deben ser cuidados, a la manera cómo serán canjeados, a la identificación de los cadáveres, a su inhumación o incineración, al recojo de los objetos de uso personal y valores, etc. El capítulo segundo se ocupa en dictar las disposiciones pertinentes a las instituciones y establecimientos sanitarios, asegurando su protección. El tercero se refiere al personal de la Cruz Roja y al personal asimilado. El cuarto regula lo concerniente al material. El quinto concierne a los convoyes de la evacuación. El sexto es menester transcribirlo, porque se refiere a la insignia, que es necesario sea conocida por todo el mundo. Dice así:

«Capítulo sexto.—Del signo distintivo.

Art. 18.—Por homenaje a Suiza, el signo heráldico de la Cruz Roja en fondo blanco, formado por inversión de los colores federales, se mantiene como emblema y signo distintivo del servicio sanitario de los ejércitos.

Art. 19.—Este emblema figurará en los estandartes, banderas y brazales, lo mismo que en todo el material que se encarga del servicio sanitario, con permiso de la autoridad competente.

Art. 20.—El personal protegido en virtud del art. 9º., párrafos 1º., 10º. y 11º., llevará en el brazo izquierdo un brazal con cruz roja en fondo blanco, expedido y sellado por la autoridad militar respectiva, acompañado de un certificado de identidad personal para las personas agregadas al servicio de sanidad de los ejércitos y que no tuviesen uniforme militar.

Art. 21.—La bandera distintiva no puede ser enarbolada sino en las instituciones y establecimientos sanitarios que ella ordena respetar y con el consentimiento de la autoridad militar. Deberá ser acompañada de la bandera nacional del beligerante a quien pertenece la institución o establecimiento.

No obstante, las instituciones sanitarias que cayesen en poder del enemigo no enarbolarán otra bandera que la de la Cruz Roja, todo el tiempo que se encuentren en esa situación.

Art. 22.—Las formaciones sanitarias de los países neutrales que, en las condiciones previstas por el art. 11, hubieren sido autorizadas para prestar sus servicios, deben enarbolar con la bandera de la Convención el estandarte nacional del beligerante del que forman parte.

Art. 23.—El emblema de la Cruz Roja en fondo blanco y las palabras Cruz Roja o Cruz de Ginebra, no podrán ser empleadas ni en tiempo de paz ni en tiempo de guerra, sino para proteger o designar las formaciones y establecimientos sanitarios, el personal y el material protegido por la Convención.

Siguen después los acuerdos relativos a la aplicación y ejecución de la Convención, a la represión de los abusos y de las infracciones, y vienen por fin las disposiciones generales para su vigencia.

La insignia de la Cruz Roja no debe ser usada como marca de fábrica o distintivo comercial, y todos los países signatarios de la convención merituada deben legislar en este sentido. El emblema de la Cruz Roja es sagrado y quien lo usare sin derecho será castigado como si hubiese usurpado insignias militares que no le corresponden.

La guerra boer, la rusojaponesa de 1904, la de los balkanes y, por último, la gran conflagración mundial de 1914-1919, han sugerido aún muchas reflexiones para atenuar en lo posible los desastres de la guerra. Las principales mejoras establecidas son las siguientes:

Antes, los heridos tenían forzosamente que ser guardados o puestos en libertad. La solución de poder ser entregados a un estado neutral, zanja muchas dificultades. Lo que falta es fijar las condiciones económicas en que se haga esta entrega.

El sistema de inhumaciones, conformándose a los usos

de cada país y a los ritos de cada religión; la devolución de objetos de valor, la formación de cuadros de los cadáveres enemigos, con especificación de todos los datos posibles para la identificación, todo esto es un señalado progreso y merece aplauso. Pero, en lo concerniente a hospitales, a pesar de haberse hecho la distinción entre instituciones sanitarias móviles y fijas, no se ha solucionado el punto de que hablé anteriormente: la neutralización de los asilos de enfermos, que merecen tanto respeto como las ambulancias.

Los cuidados a los heridos solamente pueden ser prodigados bajo la supervigilancia de la autoridad militar, evitándose de este modo que poblaciones enteras se transformen en enfermerías, enarbolándose sin motivo el estandarte de la Cruz Roja.

Los neutrales no pueden hacer el servicio sanitario de campaña, sin la autorización previa de sus gobiernos y la de aquellos a quienes van a servir, y aun así con la condición de que estos últimos, antes de dictar ninguna disposición, den parte del hecho al enemigo.

Además de la neutralidad, el personal sanitario, goza del mismo haber que recibía en el ejército en que sirvió, en el caso de que caiga en poder del enemigo.

La Gran Guerra ha sido hecha—al menos según la propaganda entera de los pueblos en ella interesados—tomando como estandarte la cultura. La palabra cultura ha sonado más que la voz de todos los clarines. Y sin embargo, las naciones cultísimas de la vieja Europa, que censuraban como salvajes a los pueblos de la América por sus revoluciones frecuentes, en nombre de la cultura han cometido las mayores atrocidades. Ni la cultura ni la moral se predicaban con las bocas de los cañones y de los fusiles ni se siembran con la sangre de las víctimas. En nombre de la cultura se ha hecho una guerra horripilante, que no tiene precedentes en la Historia. La raíz de la cultura reside en la tolerancia. Esa tolerancia, ese espíritu de humanidad, la piedad suprema de que habla Víctor Hugo en uno de sus libros, es la que mecía la cuna de la Cruz Roja. Es lástima que, cuando más se esperaba que ella había de

rendir los frutos de la civilización, se hubiese realizado la formidable campaña que había de llegar hasta hacer olvidar los principios de humanitarismo que practicaron miles de años há los espartanos y aun los persas.

¿Puede el siglo veinte, en su tercera década, darse por satisfecho con las disposiciones de la Convención de Ginebra de 1906? ¿Es bastante que se atienda a los heridos y se guarde a los prisioneros, respetando sus vidas? ¿Acaso la humanidad no debe dar un paso más hacia adelante? ¿No debemos pensar en hacer imposible o por lo menos difícil la barbarie de la guerra? Que reponda la Sociedad de las Naciones.

Mientras tanto, la iniciativa privada de la asociación de las Cruces Rojas del mundo, de la que Bolivia sensiblemente no forma parte, se ha impuesto este programa, mediante la difusión de la Cruz Roja, que ya no es únicamente una escuela de enfermeras, como acostumbramos creer entre nosotros, sino una institución nobilísima de vastas proyecciones y de alcances sociales de trascendencia universal tanto en la paz como en la guerra.

En caso de guerra, acabo de decirlo, la Cruz Roja es el auxiliar del ejército para mejorar la condición de los heridos y enfermos en campaña, cooperar a las formaciones sanitarias movilizables o fijas de los servicios de sanidad militar, preparar el personal y, en cuanto fuere posible, el material necesario de servicio, sometiéndose en todo al reglamento de sanidad de guerra y a los principios de derecho internacional en conformidad a las instrucciones del gobierno.

Para llenar satisfactoriamente su cometido, necesita;

a) Estudiar todo lo que se relacione con el uso, acopio y perfeccionamiento del material de socorro y transporte de heridos, procurando en lo posible ceñirse a los modelos y sistemas que adopte el gobierno.

b) Organizar brigadas militares, aptas para las movilizaciones o servicios que en caso dado reclame el ejército.

c) Estudiar el modo de organizar depósitos, trenes sanitarios, e instalar y servir dichos establecimientos cuando se le encargue tal cometido.

d) Extender por medio de cursos prácticos los conocimientos elementales que se requieren para desempeñar las funciones de camilleros, enfermeros y practicantes, como también de auxiliares de depósitos sanitarios.

e) Organizar periódicamente maniobras y ensayos de movilización, a fin de adiestrar al personal, y extender al mismo tiempo por todo el territorio el conocimiento práctico de la misión de la Cruz Roja, contribuyendo a que se la proteja y respete.

f) Reunir los datos que sirvan de guía para utilizar con provecho, cuando se presente la ocasión, los recursos del territorio en una hospitalización en grande escala.

g) Velar por el exacto cumplimiento del Convenio de Ginebra y pactos complementarios, denunciando las transgresiones de que haya noticia y muy especialmente perseguir el uso indebido del emblema y distintivos de la Cruz Roja.

h) Estimular los sentimientos caritativos del país en favor de los heridos, de los enfermos, víctimas de la guerra y prisioneros, por medio de conferencias, reuniones y publicaciones».

En tiempo de paz, el programa de la Liga de las Sociedades de Cruz Roja responde a las más elevadas aspiraciones del sentimiento humanitario y al ideal de una nueva civilización de paz, de solidaridad y de progreso. Por eso abarca la institución de la Cruz Roja Juvenil y la de la Cruz Roja propiamente dicha.

Para cumplir este primer acuerdo, que constituye la «declaración de Ginebra, de 17 de mayo de 1923, conocida también con el nombre de «Declaración de los derechos del Niño», proclamada por la Unión internacional de Socorros a la Infancia y por la Cruz Roja Internacional recomiéndase el listamiento de los escolares en la Cruz Roja de la Juventud, adaptando la organización de ésta al régimen escolar de cada país y a la influencia del profesorado. El fin que se persigue es que los Gobiernos, los hombres y las mujeres de todas las naciones reconozcan que la humanidad debe ceder al Niño cuanto estime mejor y más beneficioso para él y sustentar como sus deberes, excluida toda consideración de raza, nacionalidad o creencia religiosa, las prerrogativas siguientes:

I.—El niño debe ser puesto en condiciones de realizar normalmente su desarrollo físico y espiritual.

II.—El niño que tiene hambre debe ser alimentado; el niño enfermo debe ser asistido; el niño retrasado en su instrucción debe ser alentado a proseguirla; el niño desvia-

do de la buena senda debe ser vuelto a ella; el huérfano y el abandonado deben ser recogidos y socorridos.

III.—El niño debe ser el primero en recibir socorro en caso de calamidad pública.

IV.—El niño debe ser puesto en condición de ganar la subsistencia y ser protegido contra toda clase de explotación.

V.—El niño debe ser educado inculcándole el sentimiento del deber que tiene de poner sus mejores cualidades al servicio de sus hermanos.»

La esencia del programa de la Cruz Roja en tiempo de paz, es mejorar la salud, prevenir las enfermedades y mitigar los padecimientos humanos, asegurando la cooperación de todas las organizaciones nacionales. Es, pues, indispensable el concurso juvenil, su educación higiénica, cívica y moral, único medio de realizar una obra tan magna y humanitaria.

El maestro de verdad es el llamado a efectuar esta ardua y gloriosa misión, procurando borrar en todas las naciones los odios de raza y de intereses encontrados, y orientando sus enseñanzas hacia el culto a la humanidad, hacia el respeto a nuestros semejantes, hacia la práctica de los principios del gran reformador de Nazareth: «amaos los unos a los otros; no hagáis a otro lo que no quisierais que se te haga a ti mismo».

Si la mente es sana en cuerpos sanos, cuanto contribuya a aumentar el caudal de la salud y el bienestar físico, y más que todo, los hábitos de higiene, debe ser impulsado y ayudado.

Hermosa y atractiva, desde todo punto de vista, la institución de la Cruz Roja Juvenil está destinada a cambiar la faz del mundo. El septentrional Canadá le dió vida, y la primera organización de este género se estableció en Québec. Esto fué en los comienzos de la Gran Hecatombe Mundial. Después, Estados Unidos alistó en 1917 *veinte millones* de alumnos para el servicio de la Cruz Roja. Las demás naciones del orbe compiten actualmente en noble emulación para llevar a cabo, unas mejor que otras, la organización de estos ejércitos de la paz, del bien y de la moral.

Como el programa es amplio, sin restricciones, según acabamos de verlo, los ingentes ingresos de estas asociaciones se han empleado en obras utilísimas, tendientes a elevar el nivel de la juventud y a producir o preparar la era de la fraternidad universal.

El programa de la Cruz Roja, ya no juvenil, sino nacional, puede ser concretado en las puntos que menciono a continuación:

«1.—Organizar brigadas aptas para el cumplimiento del programa de trabajo, socorros y asistencia social de la institución

2.—Organizar cursos libres de enfermeras de sanidad pública y de auxiliares, con programas que especialicen los servicios de enfermeras visitadoras y de primeros auxilios.

3.—Fomentar el desarrollo de la Cruz Roja Juvenil y las asociaciones de obreros de la Cruz Roja.

4.—Organizar en los pueblos en que no existe servicio de asistencia pública de primeros auxilios, dispensarios y ambulancias y mantener los servicios de reservas indispensables para salvar las primeras necesidades en caso de siniestros y calamidades públicas.

5.—Fomentar las obras de protección a la mujer, en todas sus fases, de la maternidad y de la primera infancia, los servicios de obstetricia y puericultura, gotas de leche, ajuars infantiles, etc., y completar las obras de socorro a la niñez, en la escuela y en el hogar, con vigilancia permanente y ayuda oportuna y eficaz.

6.—Propender a libertad al pueblo de las enfermedades de trascendencia social, del alcoholismo y de la tuberculosis. Para este fin cooperar a los trabajos ya existentes y, en defecto de ellos, organizar la defensa social en este orden como parte principal de su programa.

7.—Colaborar a las autoridades en la represión de los abusos en el comercio de sustancias alimenticias y otras que pueden enfermar, intoxicar o degenerar, como la morfina, la cocaína.

8.—Organizar, en cuanto fuere posible, bibliotecas y museos de higiene, en relación con los fines sociales, como medio educativo y de propaganda y difundir el conocimiento de la Cruz Roja por medio de la publicidad, conferencias, cintas cinematográficas, y una constante acción individual.

9. Trabajar a fin de que cada asociación tenga casa propia para que ejercite con mayor eficacia sus servicios sociales.

10.—Favorecer el bienestar moral y material del individuo, organizando fiestas populares que alejen al pueblo del vicio y de las tabernas.

11. Estimular los actos de abnegación e instituir premios y distinciones a las personas que siendo o no miembros de la Cruz Roja, ejecuten actos de sacrificio por salvar una vida o socorrer a sus semejantes, o acciones meritorias o heroicas que comprometan la gratitud pública.

12.—Subordinar todos sus actos, sus aspiraciones y votos a los preceptos del más acrisolado altruismo, no habiendo jamás distinciones entre amigos o enemigos, ideas políticas o religiosas entre los que sufren; cuidando a todos con igual piedad y solicitud.»

Este programa no es difícil de cumplir si la moral va envuelta en una voluntad firme y una acción eficaz. Bolivia debe y puede formar parte de la asociación internacional de las sociedades de Cruz Roja. Si no lo hizo el año 23, por motivos de índole conocida, que absorbían la atención de nuestro gobierno, puede hacerlo hoy que se inauguran nuevamente tiempos de normalidad institucional. Esta es la primera condición. Realizada ella, habría que emprender una verdadera cruzada en favor de la institución. Comenzando por el Congreso, que debe sancionar la ley de la Cruz Roja Boliviana; pasando por el Poder Ejecutivo, que debe promulgar y reglamentar esta ley, y llegando por fin a ser cumplida en todas partes, tocando a la conciencia de todos los bolivianos; así en los grandes centros urbanos como en los pequeños agrícolas, se habría alcanzado el desiderátum de la defensa social contra todos los enemigos, exteriores e interiores, hombres o elementos, malos hábitos y vicios, que afligen al organismo nacional.

Para que la Cruz Roja pueda subsistir como institución fructífera y permanente, tiene que buscarse el medio de allegar recursos a la realización de los propósitos que persigue y que constituyen una enorme obra. La iniciativa privada, salvo en países excepcionalmente ricos, no es suficiente para abastecer a las necesidades de una institución de proyecciones tan extensas. Tiene que ser la acción oficial bien encaminada y tenazmente dirigida, la que salve las dificultades económicas de un comienzo. Después, el éxito depende del impulso y de la organización iniciales.

Los fogosos transportes de entusiasmo que de cuando en cuando observamos en favor de la Cruz Roja en nuestro país, considerados en la forma que hasta hoy se han presentado, son muy laudables expresiones de emotividad humanitarista, indudablemente; pero, más que eso, consti-

tuyen demostraciones de cierto grado de deseo de brillar o de exhibir uniformes vistosos y elegantes.

Y, francamente, aunque sea duro el decirlo, pretender formar la respetable institución de la Cruz Roja, sobre la base del uniforme solamente, es más que pueril, es ridículo. ¡Cuántas veces los desfiles escolares han sido el pretexto para lucir el uniforme de enfermeras de esta asociación, sin llevar la insignia de la Cruz humanitaria en el corazón y sí sólo en la toca que cubre la frente!....Pasada la fiesta, hasta el vestido es archivado; con mayor razón la idea es olvidada, quedando en las retinas una confusa imagen del emblema que la impresionó.

Esas enfermeras que aparecen en la parada militar del día de la Patria, ¿dónde van después, qué servicios prestan? Con cuánta razón, el doctor Dupont, a quien hemos seguido en el curso de las transformaciones que ha sufrido el acuerdo de Ginebra, dice:

«¡Con qué coquetería vemos hoy enarbolarse brazales o decoraciones ingeniosamente bordadas a algunas señoras cuyo celo caritativo conduce a prestar sus auxilios....elegantes en los hospitales! Y no obstante, el cañón no estalla, se está en paz, muy en paz,.....¡pero eso resulta tan interesante! ¿Por qué no distribuir en condiciones semejantes, cruces y emblemas de todo color y de toda clase? Mas, reservemos la Cruz Roja en fondo blanco a aquellos que llevan auxilios y cuidados a los heridos bajo la acción del fuego enemigo.»

Los distintivos más excelsos del humanitarismo no deben servir de adorno a la coquetería femenina. No debemos tomar sólo las apariencias y no el fondo de las cosas. O, de lo contrario, si vamos a contentarnos con la faz risueña de las instituciones, desconociendo o no queriendo ver la realidad de los hechos, convirtámonos de una vez en un país de fantoches o en una gran comparsa de carnaval.

Hablaba de la consecución de fondos. Vuelvo a mi

punto de partida, que estas digresiones han hecho abandonar.

Cumplidas las condiciones previas ya mencionadas, se debería organizar un comité o directorio central, constituido por un personal escogido, en el que tengan cabida, además de cinco miembros designados por el Ejecutivo, un jefe retirado de alta graduación, un profesor de cada una de las dos facultades de Medicina, el director general de Sanidad Pública Civil, el de Sanidad Militar, un delegado de cada zona militar; y seis personas elegidas por el personal anterior, entre las cuales ingresarían forzosamente delegados de la Cruz Roja Juvenil y de las asociaciones femeninas.

En cada ciudad, capital de departamento, habría un Comité, cuyo directorio se compondría de un presidente, un vice, un director cirujano, un secretario, un prosecretario, un tesorero y un contador, con el cargo de administrador de almacenes, además del número de vocales que se fijare.

En las capitales de provincia o de sección de provincia se constituirían subcomités de formación análoga, pero con menor personal. Tendrían derecho pleno de incorporación a los comités y subcomités un delegado designado por cada una de las asociaciones de Cruz Roja establecidas en el respectivo departamento y reconocidas por el Comité Central, y dos delegados, un hombre y una mujer, designados por el directorio de la Cruz Roja Juvenil del mismo departamento.

Los prefectos y subprefectos tendrían el carácter de presidentes honorarios de los comités y subcomités correspondientes, con derecho de voz y voto en todas las sesiones y asambleas.

Toda asociación de la Cruz Roja Boliviana tendría la obligación legal de entregar al Comité Central una cuota de sus entradas anuales, determinada por el mismo Comité Central y que no podría exceder de un tanto por ciento de sus entradas fijas y eventuales. Esta cuota sería aplicada al cumplimiento de los principios y obligaciones que estipulan las convenciones internacionales suscritas por el Gobierno de Bolivia y al desarrollo del programa social y sanitario que le corresponde ejercer.

El sistema que se impondría para proceder al reclutamiento de socios, sería el que proporcionase las entradas o ingresos económicos de la institución. Los socios serían to-

punto de partida, que estas digresiones han hecho abandonar.

Cumplidas las condiciones previas ya mencionadas, se debería organizar un comité o directorio central, constituido por un personal escogido, en el que tengan cabida, además de cinco miembros designados por el Ejecutivo, un jefe retirado de alta graduación, un profesor de cada una de las dos facultades de Medicina, el director general de Sanidad Pública Civil, el de Sanidad Militar, un delegado de cada zona militar; y seis personas elegidas por el personal anterior, entre las cuales ingresarían forzosamente delegados de la Cruz Roja Juvenil y de las asociaciones femeninas.

En cada ciudad, capital de departamento, habría un Comité, cuyo directorio se compondría de un presidente, un vice, un director cirujano, un secretario, un prosecretario, un tesorero y un contador, con el cargo de administrador de almacenes, además del número de vocales que se fijare.

En las capitales de provincia o de sección de provincia se constituirían subcomités de formación análoga, pero con menor personal. Tendrían derecho pleno de incorporación a los comités y subcomités un delegado designado por cada una de las asociaciones de Cruz Roja establecidas en el respectivo departamento y reconocidas por el Comité Central, y dos delegados, un hombre y una mujer, designados por el directorio de la Cruz Roja Juvenil del mismo departamento.

Los prefectos y subprefectos tendrían el carácter de presidentes honorarios de los comités y subcomités correspondientes, con derecho de voz y voto en todas las sesiones y asambleas.

Toda asociación de la Cruz Roja Boliviana tendría la obligación legal de entregar al Comité Central una cuota de sus entradas anuales, determinada por el mismo Comité Central y que no podría exceder de un tanto por ciento de sus entradas fijas y eventuales. Esta cuota sería aplicada al cumplimiento de los principios y obligaciones que estipulan las convenciones internacionales suscritas por el Gobierno de Bolivia y al desarrollo del programa social y sanitario que le corresponde ejercer.

El sistema que se impondría para proceder al reclutamiento de socios, sería el que proporcionase las entradas o ingresos económicos de la institución. Los socios serían to-

das las personas de buena voluntad, sin distinción de origen ni de sexo, que quisieran pertenecer a cualesquiera de las categorías siguientes:

1ª.—Socios activos.—Serían aquellos que se inscribirían en los registros del servicio permanente de la Cruz Roja, pagando una cuota de incorporación no menor de cinco bolivianos y otra mensual de uno.

En tiempo de guerra, los miembros activos que se inscribieran en el servicio de sanidad auxiliar del ejército, deberían ser ciudadanos bolivianos o nacionalizados y no extranjeros.

2ª.—Socios cooperadores.—Pertenecerían a esta categoría los que, no pudiendo servir activamente, coadyuvasen, en cuanto les fuere posible, a la propaganda y a los fines sociales.

Los socios cooperadores que se suscribiesen con una cuota de incorporación no menor de diez bolivianos y una cuota mensual de dos bolivianos, tendrían derecho a ciertas formas de prerrogativa que indicarían los reglamentos.

Los que se suscribieren sin cuota de incorporación, pagando mensualmente la suma de un boliviano, se llamarían socios contribuyentes.

3ª.—Socios beneméritos.—Para merecer este dictado se precisaría donar a la institución una suma no menor de dos mil bolivianos, o contribuir de una manera notable a la ayuda y protección social, según calificación del directorio y previa aprobación del Comité Central.

Siguiendo este plan, no habría que temer la carencia de fondos para que la institución de la Cruz Roja realizase sus fines, pues que el minimum de cuotas de ingreso en toda la República pasaría siempre de algunas decenas de miles, sin contar la Cruz Roja Juvenil, e igualmente el minimum de renta mensual no bajaría de unos diez a veinte mil bolivianos, que, en el curso de un año, con más las donaciones y entradas exíraordinarias, formarían un fondo respetable.

De las elevadas consideraciones morales que informan a una obra tan bella como la Cruz Roja, ha venido insensiblemente a bajar al terreno de las realidades. Y es que ninguna institución, por noble y benéfica que sea—y precisamente si es noble y benéfica—no puede vivir sin el auxilio de la generosidad humana.

La Liga de las Sociedades de Cruz^a Roja tiene el si-

guiente artículo en sus Estatutos:

«Mejoramiento de la salud pública; prevención de las enfermedades, alivio del sufrimiento en el mundo entero, esfuerzo para crear la ayuda mutua en todos estos dominios.»

La Cruz Roja Americana dice:

«El ideal y el objeto que persigue la Cruz Roja de la Juventud es que los niños de hoy enseñen primeramente a pensar a los otros; que se despierte y estimule un ardiente interés por los niños del país y de los países lejanos, y que, mientras frecuentan la escuela, les anime un espíritu de solidaridad y de ayuda mutua, para que los hombres y las mujeres de mañana, vivan al servicio los unos de los otros y tengan mejor y mas amplia comprensión de sus deberes cívicos.»

En Canadá se escribe:

«Favorecer por la práctica de la ayuda desinteresada y el conocimiento de las miserias humanas, ese noble interés y esa simpatía inteligente que contribuirán a crear el verdadero espíritu cívico y una mejor comprensión entre los pueblos. Por mediación de las Secciones de la Juventud, extender la actividad de la Cruz Roja a las obras de higiene social y a la protección de los niños y de los adolescentes.»

De la Cruz Roja Checoeslovaca.—«LOS DEBERES DE LOS JOVENES.—Servir a su patria como buen ciudadano. Servir a la humanidad. Cuidar de la salud, de la limpieza del cuerpo y del alma. Practicar la tolerancia. Proclamar el amor a la paz entre los pueblos. Practicar la ayuda mutua con espíritu de verdadero amor, donde quiera que sea necesario. Pensar y obrar noblemente.»

De la Cruz Roja Venezolana.—«La base de este organismo consiste en preparar a los niños para que sean hombres útiles a la comunidad y buenos ciudadanos para la patria, y al efecto, se les habitúa a ocuparse en las necesidades de los demás, educando el sentimiento de amor, compasión y solidaridad entre los prójimos.»

Bien. Después de este rápido recorrido a la historia de la Cruz Roja, al ideal que persigue, a sus actuales progra-

mas, a sus formas de sostenimiento, no cabe otra cosa que, habiendo glorificado su altísima misión, sintetizada en una sola frase—religión de la humanidad—tener el convencimiento de que su organización es indispensable en Bolivia, y hacer una activa propaganda en este sentido.

La Cruz Roja de la guerra es la Cruz Blanca de la paz universal, y sus beneficios se palpan por doquier. La Cruz Roja prepara la solución del problema de la fraternidad humana. El porvenir es suyo. Que las nuevas generaciones se empapen de sus doctrinas, para tener la dicha de ver coronada la obra que ahora solamente se esboza en el horizonte internacional como una promesa y como una esperanza. Acción individual primero, acción colectiva después, acción nacional, luego, y acción universal por fin, la Cruz Roja, nos conducirá insensiblemente a una civilización superior, desarrollando el sentimiento cívico, moral y de abnegación de los organismos nacionales.

Señoras y señores:

Siento mucho haber cansado vuestra atención por espacio de cerca de una hora. Pero, francamente, el asunto bien valía la pena. Os ruego que al disculpar la molestia, tengáis presente que todos estamos en el deber de buscar el progreso para nuestro suelo dentro de lo práctico y factible. Y si este progreso tiende a aminorar el dolor humano, si este progreso implica el descubrimiento de la anestesia social para las penas morales y físicas, no temamos ser encadenados como Prometeo por haber revelado a los mortales el uso del fuego, de la chispa divina que alumbró el mundo, al decir de la tradición helena.

Los descubrimientos materiales, la grandeza de las ciudades, la extensión de sus actividades, las riquezas naturales, todo eso es muy bello y da el poder; pero no la gloria, que es el patrimonio de la superioridad moral e intelectual.

El pueblo legendario de las Indias Orientales tiene una teoría muy particular respecto al más allá. Piensa que los animales reviven en una forma diferente, más noble, si se han portado bien, más vil, en caso contrario. Esta creencia es indiscutiblemente un poderoso incentivo para obrar bien. Y además no es una vana fórmula, porque constituye más bien una profunda lección de moral práctica. En efecto, si nos esforzamos en obrar bien durante un día, como dice Sir John Lubbock, nuestra vida será mejor al día

siguiente; más, si, cedemes a nuestras tentaciones y pasiones, nos aproximaremos infaliblemente a las naturalezas inferiores.

Y esto que nadie puede discutir, en tratándose de las personas, tiene caracteres mucho más claros y marcados cuando se aplica al poderío y grandeza y a la caída y decadencia de las naciones. No hay duda que el ayer prepara el presente y éste engendra el porvenir.

Así, pues, para responder a la interrogación de Tennyson, que dice:

«Cuando llegará el día en que el bien de la humanidad sea la regla de conducta de cada hombre? ¿Cuándo se extenderá la paz universal como un rayo de luz sobre la tierra?», podemos exclamar: Cuando la Cruz Roja domine al mundo; cuando haga desaparecer el crimen colectivo de la guerra; cuando la fraternidad sea un hecho y no una palabra, y cuando la razón y el pensamiento, que ni el hierro ni el fuego pueden destruir, estén por encima de todas las violencias de la fuerza.

En suma, cuando la *Cruz Roja* haya borrado de la leyenda de todos los escudos y de la conciencia de todos los hombres el lema indigno «por la razón o la fuerza», inscribiendo en su lugar la máxima civilizadora y humana: «siempre por la razón».

Dr. E. L. Osorio.



CONFERENCIA

—DEL—

Dr. Gregorio Mendizábal

Leída en la sesión pública

del "Instituto Médico Sucre"

"Higiene y Profilaxis mental"

SEÑORES SOCIOS:

CABALLEROS:

Los grandes acontecimientos de nuestra Historia nos han congregado siempre en un día como éste, que representa para esta corporación científica—diré así—un día de luz y glorias.

Al honrar la memoria del Gran Mariscal de Ayacucho, en el aniversario de su natalicio, el «Instituto Médico Sucre» ha sabido, en toda época, hacer irradiar sus pensamientos nobles patrióticos y el concurso de su acción científica a la que está obligado, inspirándose en el héroe y batallador ardiente de nuestra independencia, Padre inmaculado de nuestra nacionalidad.

Al iniciar bajo el escudo y bandera libres de nuestra soberanía, un día como hoy, un grupo de sobresalientes del cuerpo médico de Sucre, llenos de civismo y ciencia, plantaron las primeras bases de esta única y creciente institu-

ción científica en el país. Desde entonces cúponos, llenos de emoción, admirar y continuar contribuyendo a su fundación y progreso.

Por las prácticas establecidas dentro de sus Estatutos ha hecho que se me señale como conferencista en esta sesión pública, y tengo el alto e inmerecido honor de ocupar esta tribuna, y he de agradecer a mis ilustres maestros y distinguidos compañeros por la distinción que me han dispensado.

Traigo un modesto trabajo de Medicina Social, que trata: de *«Higiene y profilaxis mental»*.

HIGIENE Y PROFILAXIS MENTAL

En las colectividades civilizadas, donde los habitantes se hallan en condiciones sociales más variadas y en apariencia más diferentes, dividen su existencia conforme a las necesidades humanas, unas veces manteniendo su conservación sujetos a los impulsos del instinto, siguiendo una vigilancia y una disciplina constante, inspirados en una ciencia precisa, que determina reglas seguras que tiendan a asegurar una buena conservación y un buen funcionamiento del organismo. Reglas que convertidas en verdades lógicas en su funcionamiento, tanto psíquicas como físicas, conducen, como finalidad, al perfeccionamiento del individuo y al incremento de su utilidad en relación con la sociedad.

La mayoría de veces, el papel más importante en higiene, es la educación; podemos decir que constituye la base sólida de esta ciencia. La higiene deduce los principios y las reglas que deben guiar a los pedagogos en la obra netamente educativa; cada órgano, cada función, es objeto de un verdadero cultivo, adquirido por el ejercicio y hasta convertirse en hábito y hasta llegar a ser automático. En las funciones psíquicas con mayor evidencia se demuestran la importancia del ejercicio y del automatismo adquirido, es decir, del hábito; de esta manera es como se educa la voluntad, el raciocinio y también la poderosa fuerza moral; todas estas funciones del organismo están entrelazadas entre sí por una perfecta solidaridad, exactamente que la vida del individuo que está rigurosamente ligado a la de la sociedad toda; corresponde a la higiene en general el perfecciona-

miento del sér humano, interviniendo en su cultura física.

Esta educación científica y práctica, que lleva una orientación hacia su perfeccionamiento físico, intelectual y moral, se ha denominado en un Congreso Pedagógico reunido en Bruselas últimamente, con el nombre de *Higiene-Cultura*, cuya finalidad es llevar el individuo por efecto del ejercicio y hábito al cumplimiento de sus deberes para consigo mismo y con la sociedad, trasformando la acción nociva del egoísmo en el principio fecundo del *altruismo* aplicable dentro de nuestra sociedad sin distinción de clases ni de su origen.

La Medicina exige que los pedagogos se inicien en sus conocimientos o bien que los médicos evolucionen hacia la pedagogía, como se ve hoy en día, en otros países.

Ahora bien, en los diversos estados en los que se divide nuestra existencia, sufrimos condiciones de medio más o menos inevitables que desde el nacimiento hasta la vejez, hacen correr a nuestra salud riesgos numerosos y variados. En la vida íntima, cuanto en la vida exterior, aceptamos prácticas que constituyen desde el punto de la higiene verdadero escándalo, fruto del hábito mal adquirido, y la rutina; al denunciar estos al público culto, de una manera general es ponernos en guardia contra los grandes perjuicios que insidiosamente se deslizan en algunos de nuestros actos, más inofensivos en apariencia. Y al proponernos indicar algunas medidas profilácticas sobre este punto, no hacemos sino esbozar, dentro de cierto límite, el peligro que amenaza a las sociedades modernas.

El progreso alcanzado hasta hoy en los países civilizados, ha hecho realizar reformas radicales en materia de profilaxis, en un principio irrealizables, que son practicadas o están en vías de llevarse a término en países vecinos.

Es preciso conocer la verdad y conocer las cosas cara a cara, así podremos modificar las costumbres y las ideas, y los imposibles se convierten de repente en realidades sin que ninguna revolución haya tenido que intervenir para ello. Pasa en Higiene, como en las demás cosas sociales; hay que confiar en el triunfo definitivo de la verdad higiénica; la higiene es tan desdeñada entre nosotros y mal representa en nuestra enseñanza especialmente, siendo así que es la base misma de la moral y por ella aseguramos la salud del individuo: hacer un ejercicio normal y cotidiano de la lucha entre nuestras pasiones es un precioso adies-

tramiento para la voluntad; enseña también a todos lo que es la solidaridad, y lo que pueden costar los crímenes contra este gran principio, piedra angular de las sociedades futuras.

De algún tiempo a esta parte, la idea de prevención o profilaxis de las enfermedades mentales ha entrado, y por derecho propio, en el terreno de la Higiene Social; en un período relativamente corto ha despertado una noble e inteligente actividad, determinando en países más progresistas que el nuestro, cierto número de organizaciones perfectamente orientadas y funcionando con arreglo a planes y siguiendo procedimientos ajustados a la ciencia en su orientación futura. Corresponde la iniciativa a M. Clifford W. Bees, llamado en el mundo científico el Pinel Americano. Inspirado en la miserable condición de los alienados y siendo él un exalienado, escribió su célebre obra titulada «*A Mind that found itself*» («Una mente que se descubrió a sí misma»). Con este trabajo dió el toque de llamada ante el mundo científico. Inspirados en estas ideas, organizaron sociedades en la República de Norte América que, siendo el foco de propaganda, fueron difundiendo rápidamente a los demás centros de Europa. En Francia se encuentra representada, y a la cabeza el Dr. E. Toulouse, por un Comité Nacional de Higiene Mental que es el encargado de publicar artículos de interés colectivo; intensifican esta propaganda mediante Sub-Comités y Ligas de Higiene Mental en distintas naciones del mundo. Los ilustres maestros Genil Perrin, el Profesor Claude, estudian y dan a los procedimientos más amplios de organización. Las Ligas de Higiene Mental en Bélgica, Suiza, Alemania, Checoeslovaquia, Inglaterra, Italia, llegan a la América Latina; el Brasil es uno de los primeros países que estudia las cuestiones relativas a esta materia. La Argentina activa su organización; Chile la propone en su nuevo código sanitario proyectado, que tiende a realizar en breve.

Esta idea, a pesar de ser moderna sobre profilaxis mental, había tenido sus precursores y sintiendo la necesidad de atender de una manera especial a ciertos individuos que, sin presentar manifestaciones agudas de locura,

parecían hallarse en camino o en inminencia de caer a ese triste estado, del que podrían librarles algunos medios psicoterápicos oportunamente empleados.

Maestros eminentes como Langermann, Fabret, Morel, Legrain, trabajaron al comienzo aportando la modificación conveniente de régimen de algunos manicomios y hospitales, creando asilos y servicios especiales. Movimiento aproximado a esta idea aunque ajenos a la idea concebida del citado libro de Bees, que es fruto de una dolorosa experiencia personal cuya decisiva influencia sobre reforma de la Asistencia Psiquiátrica, en América es conocida y valiosa.

LA PROFILAXIS MENTAL.

Es, pues, parte de la Medicina Social, que «tiene por objeto impedir el desarrollo de trastornos psicopáticos y de colocar a las sociedades al abrigo de su influencia nociva.» La protección de la sociedad contra la invasión y la acción de las perturbaciones mentales ha sido insuficientemente realizada. Antes de ahora, estaba exclusivamente determinada a asegurar el internamiento de alienados confirmados. Los estudios practicados colocan a la profilaxis mental como la vanguardia de la defensa colectiva y debe mantenerse sobre los progresos de la higiene social porque no está científica y metódicamente organizada. Esta obra benéfica y de suma urgencia debe emprendérsela en el país, al igual que en los demás; la multiplicación de las perturbaciones mentales toma un camino alarmante cuyas manifestaciones exteriores presenciamos en el desenvolvimiento de las diferentes actividades de la vida y al llamarnos la atención nos enseña también a apreciar.

El peligro es conocido y el extenso campo de observación que nos ofrece no está sólo limitado para los alienados que se encuentran en los asilos, sino para aquellos que aparentemente presentan formas normales cuando en el fondo llevan estigmas físicos y psíquicos de una degeneración, esperando un pretexto insignificante para estallar en psicopatías de forma vesánica.

Los psicópatas constituyen un defecto y merma en las

organizaciones colectivas y es una de las causas disminuyentes del rendimiento social. Los alienados pertenecen a los improductivos y cuestan ingentes sumas al Estado, en todas partes del mundo; entre nosotros existe en relativa desproporción, en relación al número de la población y trabajos a que están sometidos, sin que por esta razón deje de indicarnos el crecido número de débiles mentales.

La atenta observación de un médico, sociólogo, nos hace ver que dentro su psiquismo en un porcentaje bastante apreciable, existe una disminución manifiesta del rendimiento social, aparte de su deficiencia personal cuyas consecuencias de decadencia intelectual venimos lamentando desde hace mucho tiempo. Así como existen en mayoría los pseudo-intelectuales que forman los anormales psíquicos, y cuya actividad dentro de su desenvolvimiento diario es contemplativa y antisocial; revela esta forma de presentarse una tara mental latente. Y todos éstos, cuando se piensa en sus obras y sus influencias, nos proporcionan la serie de desórdenes dentro de las actividades humanas que vienen desfilando ante estado de cosas. La práctica diaria de la Psiquiatría nos enseña que existe una multitud de sujetos en apariencia normal, que son en realidad psicópatas; pero sucede que éstos por salvar las apariencias y conservar al público disfrazado, llega el momento en que se pierden todos los resortes morales; se ven sorprendidos y detenidos de esterilidad, como única manifestación de este estado psíquico. Después de haber concebido dentro de su juventud las más bellas esperanzas y seguido un camino ideal, en un arranque de acción, se rompe el equilibrio y se convierten en asténicos, abúlicos, incapaces de perseguir o procurar una carrera profesional fecunda y provechosa; adaptan por satisfacer sus torpes inclinaciones anormales dentro de una reducida actividad, que casi siempre es el retiro. No obstante, cada uno representa su rol en el organismo social; esta pérdida en calidad es uno de los factores de la reducida actividad; su insuficiencia repercute sobre todas las energías de las cuales son solidarias. Esta es una de las grandes causas de esta ausencia o alejamiento o falta de sincronismo en las fuerzas colectivas, donde los elementos útiles chocan en un caos de actividades desordenadas y frágiles, produciendo transtornos que desplazan las mejores fuerzas vitales del país.

La vida contemporánea es propicia a la reaparición de

las psicopatías; está demostrado que los organismos de elevada jerarquía biológica, unas veces presentan un psiquismo particularmente frágil, por lo mismo que la organización cerebral del hombre está sumisa a las variaciones psicológicas y patológicas, y esto no acontece con la fuerza muscular, cuya variación relativamente es muy poca de un individuo a otro. ¿Qué diremos de la potencia intelectual de un Pascal, o de un Descartes, en comparación al rendimiento de la mentalidad de un simple obrero manual?

El razonamiento lógico está a merced del menor movimiento pasional, la atención está en una oscilación perpetua, y nos vemos en una continua ideación y no hay tregua para cerrar la falta de atención y contra la dispersión habitual de nuestra actividad mental. Hasta ahora, nuestra mentalidad está reducida a las pruebas y ensayos donde la afectividad obscurece hasta las funciones intelectuales, y dentro de esta condición el hombre es, pues, particularmente inclinado y propenso a perder este equilibrio mental.

A medida que avanza el progreso humano se nos presenta, más que algunos males sociales, la locura, en sus distintas manifestaciones y con señales de amenaza a toda la sociedad. Como precursores vemos delante de otros azotes el alcoholismo, la sífilis y los venenos sociales; trípode donde descansa el aniquilamiento social.

Dentro de la distribución del trabajo, en las distintas actividades de la vida, nadie está seguro de resistir la fatiga o *surmenage*, donde las emociones se repiten y reproducen con mayor o menor intensidad, en medio de las condiciones de vida moderna que son desfavorables, la difusión de las grandes o pequeñas endemias de toda naturaleza, multiplicando las causas de los trastornos que nos hemos propuesto estudiar. En países donde existe organización científica y administrativa, en higiene,—podemos decir con cierto egoísmo santo,—está asegurada en parte la salubridad pública; sea ésta en mayor o menor escala nos revela la preocupación constante de los poderes del estado de otros países y la cultura de sus gobiernos.

Así sabemos y hemos visto realizar la vivienda higiénica, la pureza del agua, vigilancia de los artículos alimenticios de consumo; y decimos sin temor de equivocarnos ni exagerar, que el hombre en los países cultos está en la actualidad, lo repito, menos expuesto a la fiebre tifoidea,

la tuberculosis y demás enfermedades infecto-contagiosas, en comparación a los cambios producidos, en poblaciones de grandes aglomeraciones urbanas, que antes de ahora diezmaban la humanidad.

Pasa ahora todo lo contrario; más bien, diré, en las ciudades de hoy día, los trastornos son distintos, todos podemos decir que conspiran desde el jefe del estado hasta el último ciudadano-obrero. En atención a que la adaptación momentánea a las necesidades y circunstancias inesperadas hace surgir personajes sin cuerpo ni espíritu, fisiológicamente hablando; nuestros contemporáneos trabajan desordenadamente, van de prisa y urgentemente en medio de sacudidas y golpes, e incertidumbres y trepidaciones, estos fenómenos del mundo exterior producen tales aberraciones psíquicas, que, por muy ligeras que sean, se desvían de lo normal. Causas son éstas, entre otras, las que originan las perturbaciones psicopáticas que tienden a generalizarse.

El desarrollo de las carreras profesionales sabemos que necesita una acción de conocimientos, que no puede ser adquirido sino mediante esfuerzos y estudio, ocasionando en recompensa un *surmenage* intenso, de deplorables consecuencias en ciertos organismos predispuestos. Y por esta razón se ha visto la necesidad de averiguar la capacidad y las aptitudes de los individuos para enseñarles un oficio, en armonía con sus aptitudes o con sus lesiones, de tal modo que pueden dar rendimiento máximo, evaluando, sus consecuencias fisiológicas; discurrir los medios naturales y artificiales de suplencia funcional y probar el grado de resistencia a la fatiga y las aptitudes del lesionado. Este es el concepto actual dominante para la *orientación profesional*.

El problema general de la orientación y selección profesional, en estos últimos tiempos, ha tomado un vuelo rápido en el orden científico; en el extranjero tiene organizaciones bien montadas conforme a los estudios técnicos realizados.

La selección profesional consiste en determinar, entre cierto número de individuos, los que reúnen las mejores condiciones para ejercer una profesión. Es de utilidad y de suma importancia tocar de paso este punto. Hallándose en este caso, frente a un conjunto de cuestiones médicas, fisiológicas, psicológicas, psicotécnicas y sociales, la base para resolverlas es la aplicación de nuestro conocimiento profesional aunque no se hubieran especializado. Todos están

de acuerdo en que el problema general de orientación, lo mismo que para escolares aprendices de oficio, consta de tres factores principales que son:—1°. Conocimiento del individuo que se trata de orientar; 2°. el de las aptitudes que se necesitan en las diversas profesiones, y 3°. el medio.

La práctica de la orientación tiene dos distintos métodos: el método americano, empleado por Parson, que consiste en los datos que proporciona el mismo interesado y se le envía cuestiones muy completas, y según su respuesta se le aconseja la decisión de carrera o profesión. Este método es útil cuando se trata de jóvenes que poseen conocimiento exacto de sus cualidades y la serenidad suficiente para no dejarse influir por sugerencias, considerado actualmente con poco valor para ser tomados como única base.

El otro método de Lippman Moede, consiste en someter a varias pruebas circunscritas que revelen si el individuo posee las condiciones necesarias para una profesión determinada. Para esta observación se hace uso de *Tests* psicológicos y de aptitud. Estos tests están divididos en tres grupos principales: 1°. físicos, que se refieren a datos antropométricos o a medidas de capacidad fisiológica; 2°. psíquicos, sensoriales o motores; 3°. mentales, para la determinación de las funciones psíquicas superiores; percepción, atención, asociación, memoria, imaginación, invención, etc. Y por último, la psicotécnica, destinada a averiguar la habilidad manual, resistencia al trabajo, fatiga, etc.

Por este medio se llega a alcanzar resultados beneficiosos, pudiendo asegurarse que disminuye notablemente el número de probabilidades de error en la elección de profesión, deduciendo por tanto el número de accidentes y asegurando al obrero un mayor rendimiento en su trabajo.

La guerra mundial ha descubierto provechosas enseñanzas en todo orden; pero aparte de esto es una de las conmovedoras revelaciones, es el poderoso factor contribuyente a la confusión mental, que actualmente reina entre los países del viejo mundo. La amenaza constante entre ellos, el sostenimiento de ejércitos militares y civiles, manteniendo en continuo terror y ansiedad, preocupando hon-

damente a los hombres de ciencia, en estos ratos en que se va en busca de justicia universal.

La devastación consiguiente a las catástrofes ocurridas en pueblos grandes y pequeños, con algún motivo ocasional en su vida interna, crea dificultades nuevas; para la existencia están sometidos a una dura prueba. Las facultades de adaptación sufren contratiempos peligrosos, y esto ocurre en todas partes del mundo, de acuerdo con la psicología de los pueblos.

La higiene mental es una necesidad de todos los tiempos; pero nunca es más indispensable como ahora en nuestro medio, y es digna de considerarla.

Comencemos con una de las bases más sólidas para buscar el perfeccionamiento de la raza, recurramos al inmenso beneficio de la ciencia de la Eugénica que impide la reproducción de los sujetos con una herencia morbosa demasiado pesada. De aquí que la eugénesis se inspire en una higiene apropiada para impedir los determinismos morbosos o atajarlos en sus manifestaciones. Se trata de operar una selección ventajosa para las generaciones futuras; la naturaleza opera un trabajo selectivo, pero ciego; por la muerte o la supervivencia; de este trabajo puede resultar un mal o un bien, según las circunstancias del ambiente. A lo que aspira la eugenesia es a una selección artificial, haciendo que predominen en el grupo los seres de cualidades ventajosas. Las leyes deberían inspirarse en su reducción y aun su esterilización para que sus defectos no se trasmitiesen por herencia. La lucha contra el predominio de esta casta, con caracteres morbosos debe comenzar en los mismos que la sufren, tratándolos debidamente y aislándolos si es posible.

La Eugénica, inspirada por su espíritu científico, cree en la evolución y no en la revolución. «No sueña en consecuencia con desenvolver su plan en un día sino en varias generaciones; cree con la fe científica de la experimentación en todos los hechos evidenciados por la biología en los últimos años y observa que su sistema es imperativo; pues, el empobrecimiento de la raza marcha a pasos tan agigantados, y las fuerzas del desequilibrio social, son tan avasalladoras, que el retardo en su adopción implicaría un desastre rápidamente amenazador.»

«Debemos aceptarla; la tarea—dice el biólogo inglés Wetham,—es determinar quién es el más apto para propagar

y dejar descendencia. Debemos aceptar en principio que el hombre que convirtió sus cinco escudos en diez, deberá aprovechar su talento y energía demostrada, y que el que ha fracasado constantemente no tiene derecho a derrochar en sí mismo y sus descendientes los recursos de la comunidad.»

La profilaxis mental consiste, según la opinión del Dr. Toulouse, en primer lugar en despistar por todos los medios clínicos habituales con el auxilio de las técnicas de laboratorio, a todos los individuos psíquicamente frágiles, a fin de colocarlos en las condiciones más favorables para su salud mental.

Es aceptado con cierta razón que los psicópatas constituyen una causa determinante del déficit económico de una nación; tal es la importancia de mantener en condiciones normales las actividades colectivas.

Después de la guerra mundial se vive en Europa y especialmente en Alemania con cierta inquietud; esos organismos de seguridad y firmeza de fuerzas sociales se sienten tambalear en sí mismos por esta destrucción gradual de fuerzas psíquicas que en otro tiempo fueron palancas poderosas de actividad. Cabe una comparación para apreciar los valores físicos y morales en la actualidad; un tuberculoso, un diabético, un cardíaco, apreciado clínicamente, pueden producir y dar un trabajo productivo dentro de su esfera limitada de actividad, mientras que un psicopático acusa poco o ningún rendimiento favorable, provoca desde ese momento un desarrollo intelectual de inestabilidad que perturba profundamente la actividad profesional.

El objeto de la profilaxis mental es la investigación, el conocimiento de las causas que intervienen en la génesis de las locuras, para removerlas, alejarlas y si es posible destruirlas, también procurar la modificación favorable de todo aquello que en cada individuo sea o parezca ser un signo de predisposición o indicio de transmisión hereditaria. Dentro de la finalidad de la ciencia Psiquiátrica, comprendiéndola dentro del concepto que deseamos dar a conocer la higiene mental, existen dos objetivos: el uno curativo y de acción consecutiva de los locos declarados, y el otro preventivo o profiláctico, tendiendo a impedir la produc-

ción de los trastornos mentales y procurando anular, mitigar los estados de locura ya producidos. Cada uno de éstos es por sí independiente, uno de otro; pero ambos dentro de su organización se complementan y coadyuvan al fin principal. Y para cada uno de estos objetivos se requiere también una organización especial independientemente, se compenetran ambos.

El Dr. Ameghino dice: «La profilaxis mental y no la higiene de la locura deberá ser, pues, el objeto principal del profilacta». La acción de la profilaxis debe dirigirse a combatir las causas de la locura para que suprimidas, desaparezcan las enajenaciones mentales, siendo por este camino la asistencia del degenerado y pasaría a ocupar un lugar secundario en toda campaña profiláctica bien organizada; pues, su finalidad consiste en suprimir al loco y mejorar la raza. Las causas sociales de la locura vienen a determinar estados previos de degeneración que no a producir estados terminales definitivos o no de verdadera enajenación mental, no siendo raras, en este sentido, las familias de degenerados cuyos miembros no llegan nunca al manicomio; giran alrededor de sus antecedentes con las distintas manifestaciones psicopáticas que cuando era menos de esperar; presentan terreno degenerado favorable.

La condición mental adquirida de un individuo dependiente de causas sociales se trasmite por herencia, transmitiéndose al exaltarse nuevas cualidades perniciosas; será obra profiláctica mantener en *statu quo* a la degeneración. En cuanto al alienado hay que esperar con las medidas adoptadas la restitución de su salud mental; todo perfeccionamiento del ascendiente repercute en el descendiente. No está lejos de alcanzar el resultado que se desea especialmente en centros científicos donde se preocupan y toman interés; es opinión general que la profilaxis colectiva no da resultado sino a largo plazo y esperar muchas generaciones; el tiempo no importa porque lo que es útil e indispensable debe emprenderse cualquiera que sea su magnitud con toda energía; es de esperar que algún día llegue a realizarse. Las sociedades de los hombres alcanzando un grado tal de cultura, de inteligencia y de carácter, y que dejen ya de regirse por sus pasiones, retengan sus sentimientos en el estado de equilibrio que les corresponde y se atengan, para la dirección de la vida individual y colectiva a las normas de la lógica racional.

Hay que defender eficazmente a la sociedad de los elementos indeseables e inadaptables, prohibir y abandonar todas las ideas capaces de engendrar monoidísmos y exaltaciones sentimentales, manifestaciones neuropáticas y contagios mentales que los vemos en acción constante y viva en nuestro ambiente. Por último, regular los matrimonios, de modo que no puedan ser generadores de hijos los que mantengan enfermedades o taras orgánicas o psicológicas transmisibles.

(Continuará)



Las deficiencias de la Medicina actual

La contingencia de sus conocimientos

Decididamente en todos los órdenes de actividad, prima en nuestros días el convencimiento de la relatividad más o menos absoluta de los medios con que contamos para llegar al conocimiento de lo que llamamos Verdad y de lo que consideramos como una adquisición definitiva de la ciencia. Esta contingencia, esta incertidumbre, vienen acentuándose cada vez más desde los estudios de Gustavo Lebon, que conmovieron los cimientos de las ciencias físico-químicas, hasta Einstein, que presentó al mundo sabio su teoría basada sobre las ciencias matemáticas.

En Biología, más que en cualquier otro estudio, todo es cambiante, todo es movedizo, nada es fijo, y como la Medicina es una ciencia biológica, se comprende que su inestabilidad corra parejas con la inseguridad de los resultados que busca.

El método inductivo, que va de lo particular a lo general; que, apoyándose sobre los hechos, remonta a las teorías, parece ser un sólido punto de apoyo, para la palanca que ha de empujar el progreso de las ciencias. Pero el método inductivo tiene sus partes frágiles, y lo son casi todas. La *observación* está sujeta a errores, dependientes de la apreciación y criterio personal de los observadores y de las circunstancias variables en que ella se produce. La ex-

perimentación es siempre susceptible de crítica por la sencilla razón que ella no es más que una observación provocada; más claro, una imitación, una simulación de los fenómenos de la Naturaleza. Como no todo es posible experimentar ni observar, en la mayor parte de los casos se tiene que *razonar por analogías*, y en ocasiones ni aun así; cayéndose entonces en el dominio nebuloso de las *hipótesis*, que, si pueden ser las verdades de mañana, pueden también ser más seguramente los errores y las falsedades que comprobará el tiempo venidero.

Esto, de un modo general, es aplicable a todas las investigaciones científicas. Pero, en Medicina, hay todavía que tener en cuenta otro grupo de factores perniciosos que, resultado de las deficiencias, desfallecimientos y anormalidades humanas, de las faltas de estrictez del rigor científico, vienen a constituir la causa eficiente no sólo de errores de interpretación, sino de verdaderas graves equivocaciones de fondo.

La Academia de Medicina de París, en su sesión de 18 de diciembre de 1923, reconoció que hay carencia de buena preparación en la Escuela de Medicina de la capital de Francia, en los siguientes términos: «Les conditions actuelles ont fait la preuve de leurs défaillances..... L'Académie de Médecine, ayant été à même de connaître des errements d'ordre médicale qui ont vicié l'application de la loi, demande que cette application repose dorénavant sur les avis d'experts de compétence certaine...»

Si hay deficiencias o insuficiencias en la competencia profesional de los médicos parisienses, ¿qué se podrá decir de la gran mayoría de los facultativos egresados de otras escuelas inferiores? Lo cierto es que la verdadera competencia en medicina general es muy rara.

Casi todas las doctrinas que nos legaron los maestros de la generación precedente están siendo cambiadas radicalmente por los estudios de hoy; lo que prueba su inconsistencia. Y una teoría inconsistente, cuya inexactitud demuestran los hechos, hace dudar de la competencia de los maestros; así como una teoría que resiste al tiempo, que vence a la crítica y que se solidifica cada vez más—como la doctrina del *hepatismo* de Galeno, confirmada y documentada por Glénard—es un comprobante de la competencia del que la creó.

La enseñanza médica no es un modelo de perfección.

Oigamos a Hayem, que dice: «Declaremos, pues, sin falso pudor, los defectos de la enseñanza médica». Esto se refiere a París. Saquemos la consecuencia.

Los libros de medicina son muy numerosos. Su número o cantidad, ¿responde a su calidad? Desgraciadamente nó. Hay quienes se limitan a recopilar, otros a copiar y muy raros autores se cifien a producir con originalidad y competencia.

En estos tiempos en que económicamente domina la necesidad de la división del trabajo y en que científicamente es imposible la enciclopedización de los estudios, viene forzosamente imponiéndose el sistema de especialización en medicina.

Este sistema hace olvidar los fundamentos sólidos de la clínica para encastillar el criterio de los que lo practican dentro del estrecho círculo de sus conocimientos. Raro es el especialista que ve más allá de su especialidad. Y, aun dentro de su especialidad misma, ¡cuántos errores! ¿Acaso Gilles de la Tourette no afirmaba que no hay relación ninguna entre la sífilis y la parálisis general? ¿Acaso Gauthier—el maestro sifilógrafo—no ha introducido en sifiliterapia el benzoato de mercurio, sal que para disolverse en el agua necesita del cloruro de sodio, que, una vez añadido, transforma al *soi disant* benzoato en simple bicloruro de Hg. y benzoato de sodio? ¿Acaso todos los clásicos (Mathieu, Labbé, Hartmann) no hablan de que el *clapotage* (chapaleo) gástrico en ayunas es un síntoma que traduce la estasis alimenticia, ocasionada por un obstáculo o una estenosis pilórica, cuando la observación demuestra que no hay residuos alimenticios en tales casos? ¿Acaso no hay divergencias y contradicciones entre autor y autor, que parecen traducirse en la caricatura que de ellas hizo Vital Aza en el «Rey que Rabió»? ¿Acaso no se recuerda que cuando Glénard describió la «cuerda cólica», el profesor Ewald, con su gran autoridad, le dió un desmentido formal, diciendo que lo que tomaba por «cuerda cólica» era el páncreas, para ser a su vez él desmentido por todos los médicos actuales que saben que el páncreas, excepto los casos de cáncer o de lesión grave, escapa 98 veces sobre ciento a la palpación más meticulosa?

La acuidad estésica, la concentración de la atención los inconvenientes del factor personal, la dificultad de interpretar un fenómeno, la sucesión, coincidencia o causali-

dad, todas estas circunstancias son otros tantos factores de error.

Las áleas y las dificultades de la experimentación son tales que francamente le dan a esta práctica un valor muy relativo. Baste decir que la experimentación, que provoca la aparición de hechos, *fuera la naturaleza* y la deforma. Los experimentos *in vitro* son muy distintos que los fenómenos *in vivo*. El animal no es lo mismo que el hombre. También entre los animales, los resultados son diferentes según varían las especies y las razas, la edad y el sexo, las familias, los temperamentos y los individuos. Una variación muy común es la variación cualitativa del efecto por la variación cuantitativa del medicamento; así como la variación cualitativa de la acción según el principio empleado de una misma planta. Otras variaciones conocidas son las que se producen en el efecto de un medicamento según la vía o sitio de introducción, según el momento, según la rapidez de la inyección, según el disolvente, según el terreno en que se cultivan las plantas, según el estado fisiológico o patológico anterior, según el segmento de un organismo animal o la región de un mismo órgano humano, según el predominio funcional del simpático o del pneumogástrico, según la naturaleza del excitante que obra sobre un mismo órgano.

Las técnicas impecables, si no son imposibles, son difíciles. Además los resultados de los experimentos suelen ser contradichos por los hechos. Y luego hay investigaciones inútiles.

Los prejuicios que, bajo el aspecto de principios científicos, inundan la medicina, han conducido a ésta a los mayores desastres. Dice Variot, especialista en medicina infantil: «Una multitud de recién nacidos, víctimas de estas doctrinas médicas erróneas, han sido hipoalimentados (se reflere al método de Manuel y Budin de calcular la ración de leche conforme al peso del niño) y se ha creado así un tipo de atrofia infantil, todavía muy común en nuestras Gotas de Leche; la atrofia por hipoalimentación, como yo la he denominado. Ya peligroso en el estado normal, el método de Mr. Maurel, lo es todavía más si se consideran los eríos retardados en su crecimiento y cuyo peso es más bajo que la estatura, etc.»

La constante de Ambard, la comida de prueba de Ewald y una cantidad de experimentos clínicos, si no son rigu-

rosamente sometidos al contralor juicioso de un raciocinio cabal, pueden ser fuente de resultados no sólo nugatorios sino también contraproducentes. Es que «la medicina comete el grave e irreparable error en sus consecuencias, de asimilar en todo y a propósito de todo, el cuerpo humano a un laboratorio, compuesto de vasos de reacción, de membranas filtrantes, de bombas, etc., en el cual se realizan fenómenos de ósmosis, de presión, de tensión, de quimismo, etc. Olvida que este laboratorio es viviente, es decir, que a toda modificación que recibe: química, física, calórica, eléctrica, luminosa, etc., viniendo ya del interior o del exterior, responde provocando a su vez una modificación, sea en el sentido de la excitación inicial, sea en una o varias otras direcciones, de donde viene el cambio de las condiciones de funcionamiento, locales o generales, del organismo. Olvida que si las glándulas segregan, si el intestino delgado absorbe, si el pulmón respira, si el corazón aspira y empuja la sangre, etc., ha sido preciso previamente un dinamismo propulsor de estas funciones, como ha sido preciso un molde dinámico preformativo de los órganos. Esta impulsión, esta energía inicial, que es transmitida e impresa al huevo, en el momento de la concepción, es la Vida misma.»

Los exámenes de laboratorio se multiplican sin motivo apreciable. Los exámenes radiológicos ocupan el primer puesto. Después se abusa de las reacciones, de los análisis y de las investigaciones. Apenas cae un enfermo en un hospital con laboratorio, se hace el punto de mira de los tubos de ensayo, de los vasos de reacción, de las jeringas. Análisis de sangre, de orina, de materias fecales, de exudados, de líquido cefalorraquídeo, inoculación al caballo, etc., etc.; y el médico no se arriesga a hablar antes de que hable el laboratorio. Parece que no se contara ya con los recursos clásicos de la clínica. Y, sin embargo, aun no hemos perdido del todo la vista, el oído y el tacto!... El laboratorio no tiene derecho a hablar como un oráculo y reinar como un soberano, mirando a la clínica como a una sirvienta pobre. El laboratorio está bueno para dispensarse del trabajo de pensar y para inducir a cometer faltas, si no va acompañado y guiado por la clínica.

Los errores de observación, la dificultad de encontrar las relaciones de causalidad entre dos fenómenos consecutivos, los errores de experimentación, las faltas de razona-

miento, la falta de crítica, conducen indiscutiblemente a afirmaciones erróneas y, por consiguiente, a medicaciones irregulares. La manía de la certidumbre que afecta a muchos investigadores es tal vez mil veces peor que la obsesión de la duda.

Se abusa de los medicamentos nuevos y se aceptan con facilidad ideas nuevas y atrevidas en terapéutica. Se tienen como dogmas o verdades inconcusas todas las ideas que han sido recientemente introducidas en la ciencia, y se desprecia todo lo antiguo, creyéndose a pie juntillas que solamente la bacteriología, la serología, la aviación y los rascacielos han de salvar al mundo. Es preciso, no volver al pasado; pero tampoco olvidarlo porque él es quien engendró el presente.

Hay modas, hay quiebras y hay rehabilitaciones en medicina. ¿Quién no recuerda el auge de la apendicitis, el de la neurastenia, el de la enterocolitis, el de la histeria, el de las metástasis? Hay maniáticos del paludismo, que lo diagnóstican a *prima facie*, o de las afecciones renales o hepáticas. Otros que creen que la clave de la medicina la da la presión arterial; algunos se van por el camino de la suero-terapia, de la vaccinoterapia o de la opoterapia, sin ver el resto, así como ciertos profesionales son fanáticos de la endocrinología. El suero de Hayem tuvo su época en que fué maravilloso; hoy nadie lo emplea. ¿Qué diremos del régimen lácteo, del decolorante, del vegigatorio, de la sangría, de las sanguijuelas, del carbón vegetal, de los fermentos lácticos, etc., etc.?

Hacen mucha falta la conciencia, la probidad y la imparcialidad en los que ejercen la profesión médica para llevarla por el buen camino.

Conociendo las causas de las deficiencias de la ciencia Médica actual, y evitándolas, se puede acrecentar en grandes proporciones su legítimo valor.

Tales son las ideas que, en reducidísimo compendio, damos y que las ha explanado ampliamente en un voluminoso libro titulado «La Ciencia Médica y su valor» el Dr. L. Pron. Dicho libro acaba de publicarse por la casa Maloine de París.

Dr. E. L. Osorio.

Extracto sobre la obra de Sucre

I

De sub-teniente a general

Hace 128 años, (en 1795) nació Sucre a la vida, en Cumaná, la ciudad venezolana que abraza el sol del trópico, pero que refrescan las brisas del legendario Mar de las Antillas.

Era el tiempo en que se preparaban en Sur América los grandes sucesos de la independencia.

El siglo XVIII moría después de dar al mundo el espectáculo de la formidable revolución norteamericana frente a la misma Venezuela donde acababa de nacer Sucre, así como en la lejana Europa el de la revolución francesa que cruzó estremeciendo la tierra como una grandiosa fulguración.

Sucre, aparecía, pues, en un ambiente caldeado física y moralmente, y ya desde sus primeros años, cuando empezaba a alborear la razón en su cerebro, debía sentir herida su imaginación infantil con los nombres de seres y cosas relativas a tan enormes sucesos. Hay que recordar a este propósito que Sucre era descendiente por las ramas paterna y materna de gentes que habían pertenecido a la clase militar.

Huérfano de su madre, Sucre se educó en la Universidad de Caracas, mostrando gran afición por las matemáticas.

Niño, de unos 10 a 11 años, cuando la agresión gue-

rrera del General Miranda, en las costas de Venezuela, de bió también sentirse profundamente impresionado ante aquellos sucesos que ya muy bien demostraban la aproximación de la epifanía grandiosa de la libertad.

En 1810 (abril), después del movimiento revolucionario de Caracas, Sucre que apenas contaba de 15 a 16 años y que acababa sus estudios de ingeniería en esa ciudad, se enrolaba en las huestes rebeldes con el grado de Sub-teniente que le confirió la Junta Revolucionaria de Cumaná.

Simultáneamente, su padre, el coronel don Vicente Sucre, era nombrado por la misma Junta, Jefe militar Superior de ese distrito y encargado de defenderlo.



Desde los primeros pasos de su carrera militar, se distinguió Sucre, como subalterno, por cualidades sobresalientes de valor, actividad, perspicacia, prudencia, espíritu organizador y sagacidad.

Y es así cómo sirvió a las órdenes del Generalísimo Miranda (desde 1812), siendo distinguido por éste en razón de sus conocimientos en la ciencia de la ingeniería que debía aplicar a la guerra. Fue por bastante tiempo oficial de ingenieros.

Asistió a los combates de esos tiempos en Valencia, Las Guayas, Guaica, etc., hasta que, después de la capitulación de La Victoria por Miranda, debió desterrarse con otros emigrados a las Antillas Inglesas, viviendo durante algún tiempo en la Isla Trinidad junto con Mariño, Bermúdez, Valdez, Piar y otros caudillos famosos que tuvieron que soportar en ese lugar los malos tratamientos del gobernador inglés, entonces contrario a los independientes.



En 1813, una noche, los proscritos emprendieron la audaz empresa de abandonar la isla descuidando a las autoridades inglesas, y recogiendo unas armas escondidas antes en el islote Chaca-chacaré, juraron ante el mar, luchar

por su patria hasta la muerte; y de seguida pasaron al continente distribuyéndose en distintas partidas que bajo las órdenes de Mariño, Piar y Bermúdez, tomaron Güiría y comenzaron otra campaña épica por la independencia de su patria.

Sucre, entre ellos, asistió lleno de bravura a cien encuentros en los años 1813 y 1814, hasta la memorable batalla de Boca Chica en que fué derrotado el terrible Jefe español Boves, quedando por entonces libres tres provincias, bajo regímenes municipales patriotas que fueron de benéfica influencia en el país.

Bolívar, con estos triunfos, en el oriente de Venezuela, pudo recobrarse en su difícil situación de San Mateo (1814) y luego se reunía con Mariño y otros entre los que estaban Sucre y su hermano Pedro, entre La Victoria y Valencia. Luego, prosiguieron las marchas y contramarchas y los combates sin cuento de aquel terrible año de 1814, en que ya Sucre es señalado por los historiadores con distinción, pues como dice uno de ellos, «para esos tiempos ya el Coronel Sucre se había hecho notable por la gravedad de sus consejos». (Villanueva).

Y entre tanto los contratiempos de familia le azotaban sin piedad. Su hermano Pedro cogido prisionero es fusilado por Boves, y lo es así mismo su otro hermano Francisco. Y mueren trágicamente su hermano Vicente y su hermana Magdalena, así como debía correr la más desdichada suerte todo el resto de su familia.

Pero Sucre no decae, y sigue luchando junto con Mariño, Bermúdez, Rivas y otros campeones de la patria. Su participación en Maturín, después del desastre de Bolívar en Aragua, fué brillante, hasta que después de la derrota de los independientes en Urica (donde murió el sangriento Boves) debió nuevamente proseguir por tierra y por mar llegando a la Isla Margarita, único punto que aun quedaba en ese año a los independientes (1814), para de allí pasar en una verdadera odisea hasta Cartagena, en Darién, donde supo mostrar sus admirables dotes de militar perspicuo ya en las obras de fortificación de ese puerto, ya en los combates, ya en el tratamiento de los prisioneros. He aquí lo que a este propósito decía de él Lino de Pombo, compañero suyo en Cartagena:... «Era un joven venezolano de nariz bien perfilada, tez blanca y cabellos negros, ojo ob-

servador, talla mediana y pocas carnes, modales finos, taciturno y modesto».

Después de la tremenda lucha de más de cien días en la defensa de Cartagena, donde murieron incontables familias por el hambre, la peste y las balas enemigas, Sucre, junto con otros guerreros, tuvo que retirarse hacia el Mar de las Antillas que ya tantas veces fuera el camino por donde viajaran proscritos y rotos aquellos paladines de la patria (1816). En Haití los peregrinos fueron mejor tratados que anteriormente por los ingleses que para entonces estaban ya desligados de España y que, según es sabido, tenían interés en que Sur América se abriera a su comercio.

De Haití tornó Sucre a Trinidad, y de esta isla pasó al continente en cuyas costas, después de una navegación desgraciada, fué arrojado una noche, náufrago, semidesnudo y rendido de hambre, de sed y de fatiga.

Después, continuó luchando, a las órdenes de Mariño, en clase de comandante del Batallón Colombia (1816 y 1817). Tenía 21 años.

Fué por aquellos tiempos que se produjeron entre muchos de los patriotas venezolanos, fuertes resistencias a Bolívar, las que dieron por resultado el Congresillo de Cariaco.

Sucre, que desde sus comienzos había mostrado entera fé en Bolívar, separóse entonces de sus compañeros y junto con Urbaneta se inclinó al partido del Libertador.

Luego, sabido es cómo tras el Congreso de Cariaco quedaron distanciados Bolívar y Mariño y fué ejecutado Piar.— Sucre, a poco de esto, fué nombrado por el Libertador, Jefe de Estado Mayor en las fuerzas de Bermúdez y en ellas figuró hasta 1820, distinguiéndose como siempre por su valor, su discreción y talento. Desde 1819 era ya General de Brigada, grado que le había conferido el Vicepresidente Sea.

En el indicado año de 1820, Bolívar comisionó a Sucre para la adquisición, en las Antillas, de recursos bélicos para los independientes, cosa que Sucre llenó cumplidamente. Ya para entonces Bolívar tenía el más alto concepto de aquel joven General de apenas 25 años. Un día, uno de sus edecanes, que veía por primera vez a Sucre montado no muy airosamente a caballo, preguntó a Bolívar:

«¿Quién es aquel militar tan mal ginete?»

Y Bolívar contestò:—«Es uno de los mejores oficiales del ejército».

Y después de compararlo por su preparación, carácter bondadoso, actividad y talento a los mejores jefes independientes, añadía:

«Por extraño que parezca no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes».

«Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará».

Así mismo, Sucre fue comisionado por Bolívar para tratar y resolver un armisticio que se convino en esos tiempos y sobre todo el tratado de regularización de la guerra, la que hasta entonces se había hecho en condiciones espantosas, usándose por ambos lados la fórmula sangrienta de «Guerra a Muerte»,—y, lo peor, de guerra en que se mataba incluso a las mujeres y a los niños.

Sucre, pues, al realizar este tratado, tuvo mucho campo para mostrar su alma magnánima y justa; y por eso, refiriéndose a él, decía Bolívar:

«Este tratado es digno del alma del General Sucre; la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron; él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra; él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho».

II.

Sucre, libertador de Quito.

Lo relatado hasta aquí puede decirse que constituye una primera etapa en la carrera de Sucre,—etapa en la cual, desde sus comienzos hasta llegar al alto grado de General, en una guerra de más de 15 años, combatiendo sin tregua, supo siempre conducirse dentro de la más estricta disciplina, bajo las órdenes de los jefes con quienes tocó actuar, tales como Miranda, Mariño, Bermúdez y por último Bolívar.

Ahora, entra Sucre en otro nuevo período culminante en su historia.

Ahora, le va a tocar obrar más por sí mismo. Va a quedar solo en su campo de acción, obligado a proceder conforme a sus propios dictados y bajo su responsabilidad.

Esta segunda etapa en la carrera gloriosa de Sucre se inicia con su campaña en el Ecuador.

En 1820, los partidarios de la independencia en ese país que ya desde agosto de 1809 habían alzado el estandarte de la emancipación, siendo pronto aplastados por sus enemigos,—tornaron a levantarse valerosamente en Guayaquil. Y con esto, se encendió de nuevo la guerra en aquella parte de Sur América.

Bolívar, entonces, ofreció su concurso al Ecuador. El Libertador, ciertamente, quería la incorporación de Quito desde Guayaquil a Colombia, y consecuente con tal propósito quizo prestar una ayuda eficaz a los ecuatorianos. Mas, como Bolívar no pudiera pasar personalmente a ese territorio, debió fijarse en el jefe que le mereciera más confianza. Y este no podía ser otro que Sucre.

Y hénos de esta manera a Sucre pasando desde las tierras costeras del Atlántico en las que hasta entonces había hecho sus armas, a las estupendas altitudes andinas del Cotopaxi, Chimborazo, Pichincha que constituían un escenario enteramente nuevo para él (1821).

La campaña del Ecuador fué para Sucre rápida, ejecutiva, brillante. No obstante los inmensos obstáculos presentados por la topografía del terreno erizado de espantosos volcanes, desfiladeros, barriales, desiertos, cordilleras, torrentes, etc., supo conducir sus huestes salvando con increíble ardimiento dificultades que los españoles consideraban por encima de sus fuerzas.

En Yaguachi obtuvo su primer triunfo y esto arrastró frenéticamente a todo el Ecuador hacia él (1821).

Y aun cuando a poco de su sonoro triunfo experimentó un terrible fracaso en Ambato, tornó inmediatamente a recobrarse y venció nuevamente a los realistas en Riobamba, al pie del Chimborazo (abril de 1822).

Luego se dirigió a Quito.

Bolívar a esa sazón habíase situado al norte, en Pasto, y trataba de romper las líneas enemigas para penetrar por ese lado al Ecuador. Pero, no obstante sus éxitos en Bombona contra las primeras líneas de los atrincheramientos enemigos, el Libertador vióse en el caso lamentable de retirarse de Pasto a Popayán y quedó en los páramos de Patia, deshecho, impotente y furioso.

Pero lo salvó Sucre.

Sucre, en efecto, avanzando tenaz hacia el Pichincha,

y demostrando cual nunca su talento de estratega y su valor de soldado, consiguió por fin envolver las tropas de Aimerich, a la vista de Quito, obteniendo al cabo de pocas horas un triunfo completo (25 de mayo de 1822).

Y con tal operación, sacó Sucre a Bolívar de la difícil situación en que se hallaba, y con el triunfo de Pichincha selló definitivamente la independencia del Ecuador.

Digno es de recordarse, al hablar de la batalla de Pichincha, al General Córdova (entonces coronel) quien tuvo una actuación eficiente en el resultado final de esa batalla, así como la tendría dos años más tarde en Ayacucho, bajo las órdenes del mismo Sucre.

Y merece anotarse también un hecho análogo al producido después del combate de Ayacucho, o sea el de la capitulación que Sucre ofreció generosamente al enemigo y que éste aceptó, poniéndose así término a una guerra sangrienta.

Quito, dicho se está, que por consecuencia de la batalla de Pichincha quedó incorporada a Colombia.

Pero aun cabe anotar un hecho más, a propósito de la entrada de Sucre al Ecuador y su gloriosa campaña en ese país, hecho que, si bien pertenece a la vida privada del soldado filósofo, marca también uno de los puntos trascendentales de su vida.

Sucre conoció en Quito a la hermosa marquesa de Solanda, y quedó rendidamente prendado de ella.

Esto fué el gran amor de Sucre, y constituye una de las páginas sonrosadas de su accidentada vida. Y bien que dentro de esa página, pudo sufrir tristes contrariedades, fué, seguramente, uno de los sentimientos que más exaltaban al guerrero formidable y al tierno amante.

Años después, en 1825, sabido es que Sucre, siendo presidente de Bolivia, se casaba por poder con la bella marquezita.

III.

Sucre, libertador del Perú.

Con las victorias de Bolívar en Boyacá (1819) y en Carabobo (1821), y con el triunfo de Sucre en Pichincha en 1822, surgía libre y gloriosa la Gran Colombia, desde las

bocas del Orinoco en el Atlántico hasta el Golfo de Guayaquil en el Pacífico.

¿Y qué sucedió entre tanto en el resto de la América hispánica austral?

Desde 1809 en que se alzaran Chuquisaca y La Paz en el macizo alto-peruano, siendo aplastadas ese mismo año por los realistas, se había iniciado otra guerra tan sangrienta y larga como la de Colombia. Pero la causa de la libertad aun tardaba en definirse totalmente. Los españoles seguían dominando en los Andes del Perú y del Alto Perú. Cuatro expediciones argentinas habían fracasado escalando las enormes altitudes que bordean los lagos Titicaca y Poopó. Y en vista de esto, el famoso San Martín había resuelto llevar la guerra al Perú por el mar Pacífico.

En efecto, en 1820, San Martín después de libertar a Chile con los triunfos de Chacabuco y Maypu (1817 y 1818) había pasado al Perú por la vía del mar y allí proclamaba también la independencia de ese país en 1821.

Pero los españoles, ante San Martín, sólo se habían retirado momentáneamente de Lima, la capital peruana, haciéndose fuertes en las sierras andinas de la región central del continente.

En el hecho, pues, aun quedaba aherrojado el Perú por los realistas y con más razón el Alto Perú.

Tal era la situación en 1822.

A mediados de ese año San Martín y Bolívar se entrevistaron en Guayaquil, y como no conviniesen los dos ilustres guerreros en sus puntos de vista respectivos, vino como consecuencia el retiro de San Martín del escenario.

Y entonces quedóle al Libertador la tarea aun muy difícil de coronar la obra que dejaba interrumpida San Martín.

Bolívar ofreció al Perú la colaboración de Colombia. Y claro que lo hacía no sólo por un espíritu de fraternidad continental sí que también por la seguridad de aquel país, ya que existiendo en el Perú el poderoso núcleo español representado por el Virrey La Serna y sus fuerzas, no se podía abrigar confianza para su porvenir.

El Perú no hizo caso de los ofrecimientos de Bolívar. Pero en el año siguiente su situación se agravó (1823). Los realistas, bajando de la región andina volvieron a tener grandes ventajas en las costas meridionales del país. La situación interna no iba mejor. Una revolución intestina puso

en el sillón presidencial a Rivagüero y las disputas caseras, apasionadas y ciegas, llegaron a su punto. La situación se hacía, pues, cada vez más grave y no hubo más remedio que solicitar la ayuda del Libertador.

Y como el Libertador deseaba precisamente eso, apresuróse a darla desde los primeros momentos.

Verdad era que Bolívar no podía ir desde luego al Perú tal como allí se pedía, pero tenía cerca la persona que debiera hacer sus veces. Y esa persona fué Sucre.

Sucre, en consecuencia, pasó junto con Valdez del Ecuador al Perú, donde, así como en aquel país había llenado una gloriosa misión que remató en Pichincha, debía también cumplir la otra que culminó en Ayacucho.

Ardua, paciente y llena de contrastes fué esta misión de Sucre en el Perú. El país estaba tan revuelto que el hombre del orden y de la autoridad se llenó de contrariedades. El, que aborrecía la dictadura, fué hecho dictador. Tuvo que abandonar Lima para que la ocupase Canterac. Estuvo a punto de sufrir un desastroso fracaso en Arequipa, después del desastre de Santa Cruz en el Alto Perú: «Si yo paro en loco no será extraño, porque ya estoy en vísperas».....He ahí una de sus confesiones ante Bolívar. Sus mismos connacionales le daban vergüenza: «Recuerdo haber dicho a U. en carta de Lima, que esos cuerpos (los colombianos) perderían su moral y así ha sucedido. No hay moral, no hay opinión, no hay estímulo, no hay nada.....» Se ve por estas pocas palabras las pruebas terribles por las que pasaba el ilustre Sucre en su misión en el Perú.

En agosto del mismo año, pudo a su vez penetrar Bolívar en el Perú, y comprobó de cerca aquel espantoso caos. Pero el Libertador era la luz. Y Sucre tuvo entonces confianza.

Bolívar, hecho también Supremo Dictador, tuvo que obrar con mano firme cual acostumbraba en los trances difíciles. Fué rudo y vió hasta volverse en su contra aun a los mismos que le llamaron, como Rivagüero y Tarretagle, los dos presidentes traidores.

Y afortunadamente, para la causa independiente, una funesta división entre los jefes realistas vino a ayudar los planes del Libertador.

En efecto, sabido es cómo en el Alto Perú se alzó Olañeta contra el Virrey La Serna, produciéndose con tal mo-

tivo diversas emergencias que dieron tiempo a Bolívar de organizar sus fuerzas con la ayuda inapreciable de Sucre y tomar la ofensiva en 1824.

Bolívar, en efecto, pudo ascender a los Andes de Pasco, para afrontarse al enemigo dentro de aquellas inmensas altitudes donde habían alzado sus principales reductos.

Y así vino la victoria de Junín.

Y así mismo vino la victoria de Ayacucho donde, como en Pichincha, según dijimos, tornó a brillar el talento militar de Sucre, así como la grandeza insuperable de su generoso corazón.

IV.

Sucre en el Alto Perú.

Sucre después del triunfo de Ayacucho permaneció en Guamanga, ciudad próxima al combate, y desde allí pidió a Bolívar su retiro del ejército.

Creía haber llenado su misión y deseaba con ahinco pasar a la vida privada.

Pero Bolívar no pensaba lo mismo.

Por el contrario, el Libertador dispuso que Sucre marchase al Alto Perú.

El Alto Perú, en efecto, se hallaba aun en estado de guerra. No había sido comprendido en la capitulación de Ayacucho, y allí permanecía enseñoreado del país el General Olañeta con algunos miles de soldados. Todo lo cual constituía a juicio de Bolívar un grave peligro para la causa de América, pues que mientras subsistiese un núcleo realista en aquellos lugares estratégicos, las naciones vecinas no podían contar completamente con su seguridad en el porvenir.

En consecuencia, Sucre, no tuvo sino que someterse a las desiciones de Bolívar, y dirigirse al Alto Perú en enero (1824).

Y de este modo Sucre que ya había llenado dos comisiones gloriosas en el Ecuador y en el Perú, se vió en el caso de abordar una tercera, delicadísima y la mayor entre todas.

Sucre en esta emergencia consideraba su situación muy embarazosa, no en el aspecto militar ya que juzgaba fácil

dominar a Olañeta, pero sí en el punto de vista político dado el estado del país. El sabía que el Alto Perú había, en la época colonial, pertenecido primeramente al Virreinato de Lima y después al de Buenos Aires, para volver a depender del Perú durante la guerra de la independencia. Y por lo demás, llegaron seguramente a sus oídos noticias desde el Alto Perú que denunciaban claramente el anhelo de los hijos de ese país de hacerse independientes, ya no sólo de España, sino también de los mismos países a que antes habían estado adheridos.

En tal situación pidió, pues, Sucre a Bolívar instrucciones terminantes acerca de cómo debía conducirse en su nueva misión en el Alto Perú.

Pero Bolívar no le dió tales instrucciones, limitándose al punto de vista meramente militar que era lo que menos preocupaba a Sucre.

Sucre sufrió mucho con tal motivo. Después de lo que había visto en el Perú no le hacía ninguna gracia lo que tenía que ver en el país alto. Y por eso, escribiendo a Bolívar, le decía: «que marchaba allí como ir al suplicio, y que se preparaba a recibir mucho palo de los escritores de Buenos Aires y a perder la gratitud del Perú».

Y, curiosa paradoja, «el palo» lo recibió en primer lugar del mismo Bolívar.

Desde que pisó la gran altiplanicie andina ya supo Sucre los pronunciamientos de los pueblos alto-peruanos por la independencia. Y pronto en el trayecto fué alcanzado por hijos notables del país, entre ellos, don José Ballivián, que le causó «viva impresión» (Villanueva), y Don Casimiro Olañeta, el famoso tribuno, cuyas razones para hacer de su patria un Estado libre, influyeron poderosamente en sus actos ulteriores.

De paso, sagaz, prolijo y prudente como era, tomaba todas las medidas precisas para que la campaña contra Olañeta se verificase en las mejores condiciones.

Pero la falta de instrucciones de Bolívar, en lo demás, le tenía preocupado. ¿Qué iba hacer?

A principios de febrero (1825), pasaba el Desaguadero y llegaba a La Paz.

Y allí ya no le cupo más duda sobre las tendencias del país en pró de su total independencia.

Fué entonces que expidió su decreto de 9 de febrero de 1825, declarando que el ejército libertador únicamente

había penetrado al país para redimirle de la opresión española, dejándole en posesión de sus derechos, debiendo convocarse a una asamblea de diputados cuyo, objeto sería sancionar un régimen provisorio y decidir sobre los destinos de esas provincias como fuere más conveniente a sus intereses y felicidad y mientras se produjese un convenio entre ellos y los congresos de La Plata y el Perú, quedando mientras tanto, sujeto el Alto Perú a la autoridad del ejército libertador.

Luego, Sucre avanzó adelante en la campaña contra Olañeta, pero apenas hubo llegado a Potosí, cuando supo la destrucción de éste en Tumusla (2 de abril de 1825) por los mismos alto-peruanos, con lo cual terminaba de hecho el estado de guerra en el Alto-Perú.

Entonces el Gran Mariscal consideró que su misión ya no tenía objeto y trató de retirarse con sus tropas; pero Potosí le hizo una rendida representación pidiendo su permanencia, tan necesaria en tales circunstancias y, por lo menos, hasta la reunión de la asamblea convocada por él mismo.

Y al propio tiempo recibía nuevas órdenes de Bolívar que le obligaban también a permanecer en el Alto Perú, pero que a la vez le llenaron de recelos y sufrimientos.

Bolívar, en efecto, reprobó duramente lo hecho por Sucre al expedir el indicado decreto de 9 de febrero. Al proceder de esa suerte había salido de sus atribuciones. Había abordado una empresa política de gran trascendencia, cuando debía únicamente circunscribirse a un rol exclusivamente militar.

Sucre observó que no se le habían dado oportunas instrucciones y que él se vió en el caso de «correr con la opinión pública» del país.

Fué una cuestión entre los dos guerreros larga y hasta apasionada, que sobre todo, en Sucre, causó deplorable impresión. El varón inclito dudó aun de la bondad de su obra y hasta quiso huir. Pero, en fin, como tenía un respeto casi religioso por Bolívar debió obedecer.

Bolívar, de su lado, acabó por consentir en la reunión de la asamblea altoperuana convocada por Sucre, aunque imponiendo a nombre del Congreso Peruano diversas restricciones, que causaron gran mortificación en los diputados de las provincias altas. Pero había que obrar con cautela. Bolívar era por entonces un ser cuya influencia se exten-

día no sólo en los cinco países libertados por él y Sucre, sino aun en la Argentina y Chile.

La asamblea reunióse después de dos aplazamientos, en 10 de julio de 1825, y el 6 de agosto del mismo los valerosos diputados declaraban solemnemente la independencia del Alto Perú, aun sin tener la autorización de Bolívar.

Y al dar ese paso audaz aquellos hombres, ponían al nuevo Estado el nombre glorioso del mismo giganteco paladín que aun no creía en Bolivia. Y asimismo, a la blasonada capital de este Estado, la vieja ciudad de los tres nombres—Chuquisaca, Charcas, La Plata,—le añadían aun un cuarto nombre: el del immaculado Sucre.

Poco después, (septiembre de 1825) llegaba a su vez Bolívar al Alto Perú.

Y entonces, pudo convencerse el Libertador que aquello ya no tenía remedio. Y aun cuando todavía opuso ante los delegados que le enviara a La Paz la Asamblea de Chuquisaca, diversos argumentos, en realidad ya aquéllo solo parecía una cuestión meramente protocolar.

Después, Bolívar, en Chuquisaca, palpó hasta la evidencia la realidad; y, gran corazón y cerebro rutilante como era, se persuadió que, aun cuando los alto-peruanos habían incurrido en una insigne locura al lanzar su país no preparado aun, a la vida libre, con todo, aquello era una bella locura y él ya no pudo menos que ser arrastrado por la misma.

Por eso dice un ilustre escritor que «Bolívar entró a Chuquisaca enemigo de la libertad y salió jurándola».

Y de este modo, nació Bolivia, rompiendo sus seculares adherencias con la madre España, y con sus hermanas mayores Perú y Argentina. Nació contra las mismas prevenciones del Gran Libertador. Y nació, en fin, por la acción tenaz de un grupo de sus hijos y con la ayuda pujante de Sucre.

Después, ya se sabe que Bolívar fué el primer presidente de la nueva República, en 1825. Mas, como no podía permanecer aquí por mucho tiempo, debió dejar su puesto a Sucre.

Y Sucre lo ocupó desde 1826 hasta 1828, haciendo por Bolivia, en sólo el breve espacio de dos años, una obra constructiva tan grande, que sólo él podía realizar, dadas

sus dotes admirables de hombre de estado, y al par de soldado ejemplar.

*
* *

Y en fin, una tarde de agosto, Sucre salía de la ciudad prócer, de la ciudad heredera de su nombre, salía en viaje definitivo, con un brazo roto por la imbecilidad y la barbarie, pero con el corazón henchido siempre de cariño por este pueblo que tanto amó.

Tarqui.

De regreso a Quito (1820) Sucre al fin pudo reunirse con su esposa la marquesa de Solanda con quién se casara por poder desde Chuquisaca, y empezar una vida de hogar tranquila y bella tal como lo deseara tanto hacía muchos años.

Pero muy poco duróle esta pequeña tregua.

Pronto surgieron las cuestiones entre el Perú y el Ecuador por la posesión de Guayaquil, que dieron lugar a la primera guerra de esta índole que se producía en Sur América.

Sucre que antes tratara de mediar para que se llegase a una solución amigable, vió que eso no pudo ser y no había más remedio que ir a las armas.

Y entonces tornó a dejar su hogar para ponerse a la cabeza del ejército colombiano contra los peruanos encabezados por La Mar, su antiguo compañero en Ayacucho.

En el Portete de Tarqui se libró un sangriento combate en el que triunfo Sucre (26 de febrero de 1829.)

Tarqui venía a ser un símbolo.

Después de la epopeya grandiosa de la guerra de la independencia, había surgido aquella cuestión de fronteras, que era un triste anuncio de lo que después debía pasar entre estos países del Pacífico Sur.

El final.

Después de Tarqui, ya no le quedó a Sucre sino un breve espacio de vida.

Había sido electo diputado por los pueblos del Sur en el Congreso Constituyente de Colombia, con cuyo motivo se debió dirigir a Bogotá. Allí fué hecho presidente de la Asamblea. Luego fué delegado para tratar sobre asuntos delicadísimos de política interna con sus antiguos Jefes Mariño, Bermúdez y Páez, en Venezuela.

Colombia pasaba por instantes críticos.

Pero fueron ya inútiles los esfuerzos de Sucre.

Por otra parte, su gloria había crecido tanto que causaba estupor entre la gruesa multitud de sus émulos. La envidia deliraba en su rededor. Y su consagración a Bolívar, presidente de Colombia, hacía aun más terrible su situación. Bolívar y Sucre eran el eterno recelo de los caciques de las nuevas repúblicas.

Y Sucre empeoró aún más su situación cuando propuso que se prohibiese a los generales y altos jefes de los últimos años de la revolución ser Presidentes.

Claro que con esto Sucre se cerraba a sí mismo el camino para ir a tal puesto, ¿pero qué decir de los otros para quienes, el ser presidente, aun a costa de las mayores degradaciones, era llegar al vértice de la gloria?

Y un hombre que alimentaba tales ideas, y que con su enorme prestigio en los pueblos, podía imponerlas pronta y fácilmente ¿no era un peligro siempre presente para las pretensiones de los demás?

Una voz envenenada de protesta y de rabia salía de los pechos miserables de muchas de las mismas gentes que eran libres justamente por obra de Bolívar y de Sucre.

La misma prensa—o mejor, esa prensa inmunda que nunca falta en las sociedades contaminadas por las pasiones de política baja y malsana—, se hizo eco de esas gentes. Allí se hablaba en letras de molde del «humor pestífero» de Sucre, de su «desenfrenada ambición, de las perfidias de Bolívar» a quién se comparaba a «un Vesubio apagado, pronto a romper su cráter, vomitando llamas de odio, de destrucción y de venganza»...

De aquí a Berruecos no había sino un paso...

Una mañana de junio (4 de 1830) Sucre iba camino a Quito, entre sus dos asistentes y otro viajero; y al atravesar la selva de Berruecos, caía de su caballo, mal herido por tres balazos, dos en la cabeza y el tercero, mortal, en el corazón.

Eran el odio, la envidia y la venganza que habían hecho su obra.

Los compañeros de Sucre huyeron temiendo también ser asesinados, y el cadáver quedó allí abandonado, con la cara en tierra, y sin que nadie más supiese de él hasta el día siguiente.

Al día siguiente, los asistentes volvieron al lugar acompañados de otras gentes, y sólo entonces pudieron recoger el cuerpo inerte, lavar el noble rostro manchado de sangre y tierra, cruzar las hidalgas manos sobre su hidalgo pecho, y ponerlo de espaldas sobre la hierba cargada de rocío que parecía llorar por él.

Y ni un humilde cirio hubo para velar el cuerpo del guerrero, mientras sus enterradores cavaban la fosa.

Sólo el sol ecuatorial, daba sobre él de lleno, ese mismo sol que lo había visto mil veces obrar prodigios de bravura en los campos de batalla para dar la vida a los mismos que se la quitaron.

Después, teniendo su capa por único sudario, era el cuerpo de Sucre depositado en la fosa.

Sólo más tarde se le trasladó a Quito.

Y cuando de Quito lo reclamó Venezuela en 1875, no pudo hallarse, o por lo menos no pudo identificarse el esqueleto de Sucre. Hasta sus restos habían desaparecido.

¿Pero, qué importa?

Si en verdad ya no existen ni los huesos de Sucre, queda en cambio su nombre radioso esculpido definitivamente en la historia; queda su obra reditiva en cinco naciones: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; queda en fin, su espíritu continental, su espíritu oceánico flotando eternamente sobre los Andes boreales y occidentales de Sur América, y en las playas de los dos mares, del Atlántico y del Pacífico, del Mar del Norte y del Mar del Sur.

Febrero de 1926.

JAIME MENDOZA.



CRÓNICA

Pro Médico.—Hemos tenido el agrado de recibir la siguiente comunicación, a la que hemos respondido expresando nuestro apoyo y colaboración para la obra que se propone realizar:

«Pro Médico.»—Ufficio D'Informazioni Tecnico-Scientifiche.—Torino, 20 de enero de 1926.—Señor Director de la «Revista del Instituto Médico.»—Sucre.—Itmo. Señor Director:

«El «Pro Médico», del cual Ud. conocerá ya la existencia, tiene el honor de dirigirle la presente invocando el apoyo de su autorizada Revista para divulgar eficazmente los objetos que la Institución se ha propuesto alcanzar. El que suscribe abriga, pues, la esperanza que Ud. quiera publicar en el periódico del que es digno Director, no sólo la noticia de la nueva Institución y de sus finalidades, sino también unas palabras alentando a todos los médicos para que otorguen su adhesión y envíen sus publicaciones. El llamado llegará por ese medio tan autorizado también a los señores Facultativos que, por algún extravío postal no hubieren recibido nuestra circular.

«El «Pro Médico», por los fines que persigue, es acogido con el mayor entusiasmo no tan sólo por los hombres de estudio, mas aún por los médicos prácticos: lo atestiguan las adhesiones recibidas de todas partes de Italia y sobre todo, en los últimos tiempos, los continuos pedidos de noticias acerca de las publicaciones latino-americanas que posee la biblioteca del Instituto; y es notable que este interés, según resulta de los pedidos mismos, sigue aumentando.

«Dentro de unos meses, el abajo firmado realizará una

jira por las Repúblicas latino-americanas, y con tal ocasión confía tener el honor de conocer personalmente a Ud. y hablarle más detenidamente de este asunto. Por el pronto, tiene el agrado de comunicarle que también el «Pro Médico» se prepara a publicar en breve una grande revista de medicina, que resuma no sólo el pensamiento médico italiano, sino que presente a los lectores todas las noticias referentes al movimiento científico latino-americano. Queda entendido que, en cuanto se publique, le será enviada solicitando el canje con la que Ud. dirige. Sin embargo, si Ud. creyera conveniente facilitar desde ya su tan apreciada Revista a la Biblioteca del «Pro Médico» proporcionaría un valioso apoyo a nuestro programa de intercambio intelectual, y estamos seguros de interpretar el sentimiento de los estudiosos de Italia afirmando que, le serían altamente reconocidos por este acto de fineza y amabilidad.

«Con este motivo tenemos también que comunicar a Ud. que no sólo los estudiosos que se interesan de la literatura latino-americana, sino muchos industriales y particularmente los fabricantes de máquinas e instrumentos para uso médico nos piden continuamente noticias referentes a las principales Revistas latino-americanas, talvez con la intención de insertar en ellas algún anuncio.

«Rogándole tenga a bien perdonar nuestro atrevimiento y confiados en su valiosa cooperación, me es grato presentarle mis sinceros saludos y ofrecerme de Ud. atento y seguro servidor.—Dr. Emilio De Mattei, Director.»

Sesión pública del 3 de Febrero.—Con bastante concurrencia se celebró la sesión que anualmente se efectúa en homenaje a la memoria del Gran Mariscal de Ayacucho y en recuerdo de su fundación, por el «Instituto Médico Sucre».

Damos a la publicidad la memoria del Sr. Presidente y una parte del extenso trabajo leído por el Dr. Mendizábal.

El Dr. Mendoza dió en el mismo acto una amena conferencia histórica sobre la vida del general Sucre, que la publicamos.

Renovación del directorio.—A principios del mes de enero se procedió a la elección de los miembros de la mesa directiva del Instituto, durante el presente año, habiendo sido nombrados los siguientes:

Presidente, Dr. José M. Araujo.
Vicepresidente, Dr. Ezequiel L. Osorio.
Secretario, Dr. Claudio Roso.
Tesorero, Dr. Néstor F. Careaga.
Vocales: Dres. Anastasio Paravicini, Gerardo Pareja y Armando Solares Arroyo.

Jefes de sección.—Las distintas secciones en que está dividido el Instituto tienen este año los jefes que se indican a continuación:

Las distintas secciones han quedado organizadas en esta forma:

- 1º.—Biblioteca:—Jefe, Dr. Claudio Roso.
- 2º.—Museos de Anatomía Normal y Patológica y de Historia Natural:—Jefe, Dr. Manuel Gerardo Pareja.
- 3º.—Sección de Vacuna Antivariolosa:—Jefe, Dr. Armando Solares A.
- 4º.—Sección de Meteorología:—Jefe, Dr. Gregorio Mendizábal.
- 5º.—Sección de Bacteriología y Serología:—Jefe, Dr. Clovis Urioste A.
- 6º.—Sección de Química Biológica y Toxicología:—Jefe, Dr. Julio Oropeza y T.
- 7º.—Sección de Radiología y Electrología:—Jefe, Dr. Anastasio Paravicini.
- 8º.—Redacción de la Revista:—Dres. Ezequiel L. Osorio, Jaime Mendoza, Aniceto Solares, Armando Solares A. y Claudio Roso.

Clínicas.—Funcionan las de la Facultad conforme a la siguiente distribución, en el Hospital de Santa Bárbara:

- Clínica Médica, Dr. Osorio, los días lunes y viernes.
- « Quirúrgica, Dr. Pareja, los días martes y jueves.
- « Oftalmológica, Dr. Aniceto Solares, los días miércoles y sábado.
- « Semiológica, Dr. Mendizábal, los días miércoles y sábado.
- « Psiquiátrica, Dr. Villa, los días lunes y viernes.
- « Obstétrica, Dr. Ortiz, los días miércoles y sábado.

Nueva autoridad local.—El país ha recibido con inequívocas muestras de complacencia, la designación de nuestro colega de profesión Dr. Eulogio Ostria

Reyes, para la Prefectura y Comandancia General del Departamento.

Biblioteca del Instituto.—Esta importante sección ha continuado mejorando, con la adquisición de nuevas e importantes obras. Entre las varias que han llegado últimamente, debemos mencionar la edición completa de todas las obras de Pasteur, realizada bajo la dirección del Dr. Pasteur Vallery-Radot, médico de los Hospitales de París.

Con el patriótico propósito de dar a los estudiantes de medicina facilidades de estudio y consulta, la biblioteca del Instituto se abre para los estudiantes todos los días de hs. 2 a 4 de la tarde.

Cruz Roja Internacional.—Por primera vez, el Gobierno de Bolivia estará representado y nuestro país se afiliará a la «Cruz Roja Internacional» concurriendo al próximo Congreso de la «Cruz Roja», que en mayo venidero se reunirá en Washington.

Este será recién el verdadero cimiento para constituir la «Cruz Roja Boliviana», sobre bases de corrección y en debida forma, aunando los dispersos y por ende hasta hoy estériles tentativas de crear esta Institución en el país.

Nuevos Médicos.—Se han graduado de doctores en Medicina y Cirugía los señores Miguel Levy, Armando García, Manuel Garnica, Dalio Diaz, Raúl Córdova, Bernardo Vaca Guzmán, René Delgadillo y Pedro Carreño, habiendo presentado todos ellos importantes trabajos de tesis como requisito final de sus estudios.

Enviamos nuestras felicitaciones de bienvenida, en su ingreso a la carrera médica a los nuevos colegas.

Licenciados en Farmacia.—Prevía presentación de sus respectivas tesis, los señores René Garrón y Tomás Céspedes A. han optado el título de farmacéuticos.

Los felicitamos.

Conferencias quincenales.—El Dr. Aniceto Solares inauguró este año la serie de conferencias públicas quincenales, que acordó nuevamente el Instituto,

con su preciosa lección sobre «*La microscopia en el ojo vivo*». Le siguió el Dr. Osorio con la brillante conferencia sobre «*La Cruz Roja*». La conferencia próxima la dictará el Dr. Villa Echazú; las siguientes serán dadas por los doctores Mendoza y Paravicini. Después se establecerá un rol en que entren todos los demás miembros de nuestra asociación profesional.

Sección de Vacuna.—Después de los momentos críticos por los que tuvo que atravesar esta importante sección del Instituto que es la única en Bolivia que prepara fluido antivarioloso debidos a las violencias injustificadas y despóticas del ex-presidente Saavedra, contra este centro científico, se ha modificado el pago de las subvenciones por los reiterados trabajos de la Mesa Directiva y además por la colaboración tanto de H.H. Diputados como de algunos amigos de esta Sociedad, y en atención a esas influencias es que el Gobierno ha vuelto a normalizar las subvenciones a la Sección de Vacuna, habiendo en consecuencia quedado anulado el Decreto del Presidente Saavedra con que se quiso fulminar al Instituto Médico «Sucre» en represalia de no haberse prestado a una simulación de Congreso Médico, auspiciado por el entonces Ministro de Instrucción don Carlos Paz, y de cuyas incidencias se da cuenta exacta en la memoria presidencial que ahora se publica.

La referida sección sigue en trabajo normal, elaborando fuertes cantidades de fluido vacuno de inmejorable calidad. Continúa a cargo de su Director, Dr. Armando Solares Arroyo, que sirve *ad-honorem* en ese puesto desde hace más de cuatro años y con dedicación merecedora de todo aplauso.

Obedeciendo no sabemos a qué extrañas influencias y sugerencias, el Supremo Gobierno nombró Director de esta sección, con sueldo a cargo del presupuesto nacional, a nuestro consocio Dr. Gustavo Vaca Guzmán, quien llegó a tomar posesión del referido cargo mediante juramento ante el Rector interino señor Juan Fernández. Fué para el Instituto una ingrata sorpresa, esa extraña cuanto equivocada ingerencia gubernativa, al nombrar jefe de una institución que pertenece únicamente al Instituto, y al elegir a un miembro de nuestra sociedad, que no podía, por determinación de los estatutos, percibir sueldo, como ninguno de los

jefes de las otras secciones del Instituto, a lo que hay que añadir que la sección de vacuna, como ya se ha dicho antes, tenía su jefe titular.

La reorganización de la Facultad de Medicina.—La violenta clausura de nuestra escuela médica, realizada por el atrabiliario gobierno Saavedra, no podía ni debía hacerse definitiva. Un clamor general se levantó pidiendo su reinstalación, y ese clamor halló eco en el Congreso Nacional, donde culminaron como líderes de esta idea los H.H. Soruco Ipiña, Monje Gutiérrez Carrión, etc., brillantemente cooperados por los H.H. Zilveti Arce, García R. y otros.

Fué uno de los primeros actos plausibles del gobierno del Dr. Hernando Siles, preocuparse con evidente buena voluntad de reorganizar nuestra Facultad de Medicina.

A raíz de haberse manifestado las urgentes necesidades de la Facultad, se han recibido avisos telegráficos del diputado señor Arce Zilveti, de haberse votado una partida presupuestaria de Bs. 20,000 destinados a concluir el anfiteatro anatómico y a reorganizar los deteriorados laboratorios.

Estos hechos fisonomizan suficientemente el eficaz concurso que el Supremo Gobierno y algunos representantes nacionales aportan a la importante obra de reorganización de esta Facultad de Medicina.

La Facultad Oficial de Medicina de Chuquisaca queda ahora constituida por el siguiente personal:—

DECANO:—Dr. Nicolás Ortiz, Clínica Obstétrica.

SUB-DECANO:—Dr. Ezequiel L. Osorio, Clínicas Médica y Pediátrica.

CATEDRÁTICOS:

Dr. José M. Araujo, Terapéutica.

« Walter Villafani, Anatomía Descriptiva (2ª. parte).

« Jaime Mendoza, Medicina Legal e Historia de la Medicina.

Dr. Aniceto Solares, Oftalmología, Otorrinolaringología y sus clínicas.

Dr. Anastasio Paravicini, Patología Externa, Vías Urinarias y Ginecología.

Dr. Eduardo Gironès F., Materia Médica.—Obstetricia.

« Armando Solares A., Bacteriología y Parasitología.

« Julio Oropeza y T., Histología Normal y Patológica.

Dr. Claudio Roso, Medicina Operatoria y Anatomía Topográfica.

Dr. Jenaro Villa E., Psiquiatría y Neuropatología y sus Clínicas.

Dr. Gerardo Pareja, Clínicas Quirúrgica y Ginecológica.

« José Solares, Química Biológica.—Farmacología.

« Clovis Urioste A., Patología Interna y Pediatría.

« Gregorio Mendizábal, Patología General y Clínica Semiología.

Dr. Medardo Navarro, Fisiología e Higiene.

« Julio C. Fortún, Historia Natural Médica y Anatomía Descriptiva (1ª. parte).

JEFE DE CLÍNICA MÉDICA:—Dr. Fernando Ortiz Pacheco.

« « « **QUIRÚRGICA:**—Dr. J. Renè Delgadillo.

El Dr. Osorio.—Este destacado profesional, que después de varios meses de destierro en la costa del Pacífico, pudo volver al país, donde ha desempeñado un papel sobresaliente en la reorganización de la Facultad Médica, de la que es actualmente Sub-decano, partirá en breve a París a desempeñar el importante cargo de Encargado de Negocios de Bolivia en Francia.

Aunque el colega es merecedor de felicitaciones por la confianza con que le ha honrado el Supremo Gobierno, su partida es deplorable para la Facultad de Medicina, que se verá privada del concurso de uno de sus mejores maestros.

Delegado al Congreso Médico de Buenos Aires.—El Gobierno Nacional ha invitado a nuestro consocio Dr. Aniceto Solares, a concurrir con el Dr. Morales Villazón, en representación de Bolivia, al Congreso Sud-americano de Higiene, Bacteriología y Patología que se realizará en Buenos Aires en julio del año en curso.

El Dr. Gregorio Marañón.—El «Instituto Médico Sucre» ha designado como socio corresponsal en la Gran Patria Hispana, al doctor Gregorio Marañón, ilustre personalidad conocida desde hace años por sus hermosos trabajos de endocrinología que son la gloria de la medicina española.

La Sociedad espera la colaboración fructífera de su ilustre colega, y le brinda las columnas de la Revista para la publicación de sus valiosísimos artículos.

El Dr. Rubèn Fernández Barbieri.—En el mes de agosto p.pasado, y con motivo de la celebración del Centenario de la República, se encontró entre nosotros el prestigioso médico argentino, doctor Rubén Fernández Barbieri, miembro de la Embajada Argentina.

El Instituto, después del paseo de sus diferentes secciones, obsequió al doctor Barbieri y a algunos de los miembros de la Embajada Argentina con una fiesta íntima.

Los Dres. Ramírez y Araujo.—Al finalizar el malhadado gobierno Saavedra las represalias y persecuciones se intensificaron.

El Dr. José Manuel Ramírez, miembro eminente del «Instituto Médico Sucre» ha sufrido fuertes persecuciones por los agentes policíarios del Gobierno Saavedra.

El Presidente del Instituto, Dr. José M. Araujo, ha sido igualmente perseguido por los agentes del mismo régimen, y las hostilidades fueron propagándose a muchos de los socios de nuestra institución.

El Dr. Gregorio Mendizábal.—Después de dos años de destierro en la vecina República de Chile, se encuentra entre nosotros el Dr. Gregorio Mendizábal, miembro inteligente y entusiasta del Instituto Médico.

El Dr. Mendizábal ha vuelto del ostracismo siempre con la convicción del deber cumplido, y nos congratulamos de tenerlo en el seno del Instituto, trabajando tesoneramente en las árduas labores de la sociedad.

Decano de la Facultad de Medicina.—El Cuerpo de Profesores de la Facultad de Medicina de Chuquisaca ha designado Decano de dicha Facultad al ilustre maestro, Dr. Nicolás Ortiz, socio eminente del Instituto.

El nombramiento del Dr. Ortiz ha causado la más grata impresión en el elemento estudiantil, notándose mayor movimiento en el local de la Facultad Médica.

Felicitamos al Maestro de la Juventud por la honrosa distinción que le han dispensado sus colegas de profesorado.

Tesis de doctorado.—A fines del año pasado y principios del presente hemos recibido las siguientes: Miguel Levy: «*Poliomieloencefalitis infecciosa aguda infantil*»; Bernardo Vaca Guzmán: «*Enfermedad bronceada de Addison y astenia*»; J. René Delgadillo: «*Acistoiditis*»; Armando García V.: «*Consideraciones médico-pedagógicas*».

El Dr. Claudio Calderón Mendoza.—Hemos recibido la visita del Dr. Claudio Calderón Mendoza, distinguido miembro del Instituto, quien nos ha prestado su valiosa colaboración.

Dr. Jenaro Villa Echazú.—Después de larga permanencia en Tarija se ha restituido al seno de la asociación, del que es miembro entusiasta. Igualmente ha asumido la Dirección de los Manicomios, cargo que lo ha ocupado siempre.

Dr. Carlos Aranibar Orosco.—Este acreditado y distinguido médico cochabambino, tuvo la gentileza de visitarnos a mediados del año pasado, rodeado de caballeros sportman que vinieron con motivo de una invitación de los tennistas sucrenses. Guardamos grato recuerdo de este excelente colega.

Cónsul de Bolivia en Antofagasta.—El Supremo Gobierno ha designado a nuestro consocio, Dr. Gustavo Vaca Guzmán, Cónsul de Bolivia en Antofagasta, donde se ha dirigido en días pasados.

Felicitamos al Dr. Vaca Guzmán por la confianza con que le ha honrado el actual Gobierno.

